



SUMARIO

I.—FORMACION DE MAESTRAS

	<u>Págs.</u>
CONSIGNA	5
RELIGION. <i>Por Fray Justo Pérez de Urbel</i>	6
NACIONALSINDICALISMO. <i>Por Pilar Primo de Rivera</i>	9
LITERATURA. <i>Por Angela González Palencia</i>	12
POESIAS	16
HISTORIA. <i>Por Manuel Ballesteros-Gaibrois</i>	18
MUSICA. <i>Por Rafael Benedito</i>	21
CONCURSO	24
ORIENTACION PEDAGOGICA. <i>Por Francisca Bohigas</i>	26
BIBLIOGRAFIA	28
HOGAR	30
ARTE. <i>Por Enrique Azcoaga</i>	33
HERMANDAD DE LA CIUDAD Y EL CAMPO. <i>Por María Estremera de Cabezas</i>	37
CIENCIAS NATURALES. <i>Por Emilio Anadón</i>	43
ORDENES MINISTERIALES	46

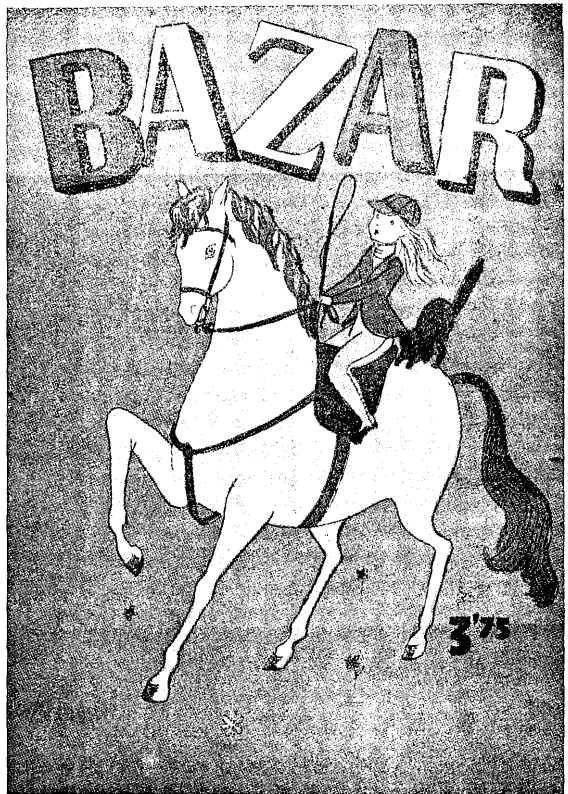
II.—FORMACION DE JUVENTUDES

ACTIVIDADES VOLUNTARIAS	51
-------------------------------	----

Revista Bazar

PARA LA FORMACION Y RECREO DE LAS NIÑAS, LA SECCION FEMENINA DE F. E. T. Y DE LAS J. O. N. S. HA CREADO LA REVISTA **BAZAR**, QUE VIENE A LLENAR UN GRAN HUECO EN LAS PUBLICACIONES DEDICADAS A LA INFANCIA.

EN SUS PAGINAS COLABORAN PRESTIGIOSOS DIBUJANTES Y LOS ESCRITORES QUE MEJOR SABEN LLEGAR AL MUNDO DE LOS NIÑOS, LOGRANDOSE ASI UN CONJUNTO LLENO DE AMENIDAD Y GRACIA QUE NO DEBE FALTAR EN NINGUN HOGAR.



He aquí un sumario de uno de los últimos números publicados:

Oro de Dios, cuento de Luis de Santullán.
Los cuentos de hadas se cumplen, crónica de los Albergues de Juventudes.

TEMAS DE AMERICA

Puerto Rico, por Josefina de la Maza.

RELIGION

Santiago Apóstol, por A. M.

TEATRO DE LOS JUEVES

El pájaro mendigo, por Aurora Mateos.

LA RISA EN BAZAR

Verdadera historia de Mamburú, por Tiner. Chistes y conocimientos útiles

ACTUALIDAD DE LAS JUVENTUDES. Sellos para las Misiones.

CUENTA GUILLERMINA

Un día de viaje.

MUÑECOS RECORTABLES

Traje de Avila para Guillermina.

La sorpresa de Piti, historieta.

Lo que una niña debe hacer, consejos.

Un loro periodista, reportaje de actualidad.

Concurso de Bazar, con magníficos premios.

El fondo del mar, viaje a las profundidades del océano.

Una niña en el mundo, por Pablo Allue.

Don Pipo va de caza, historieta.

Aprende a pintar, Modas, Tijeras, hilo y dedal, labores.

JUQUEMOS A SER AMAS DE CASA

El pato y la serpiente, fábula de Iriarte.

UN POCO DE ARTE

El príncipe Baltasar Carlos.

AIRE LIBRE

A la orillita del mar, por la Rata Blanquita.

DOÑA SABIHONDA, EN CEILAN, aventuras de una periodista y su perro.

Vuestra página, colaboración de todas las lectoras.

Aventuras sorprendentes de dos niñas imprudentes, historieta.

Ilustraciones de Serny, Picó, Tauler, Cortezo, Suárez del Arbol y Sun.

Curiosidades, sorteos, correspondencia, etc., etc.

El mejor premio para las alumnas de vuestras escuelas, el mejor regalo para vuestras hijas dentro del hogar es esta gran publicación infantil.

Precio del ejemplar: 3,75 pesetas.



FORMACION
DE
MAESTRAS

CONSIGNA



NUESTRA SEÑORA DE LA SALUD



AÑO X

AGOSTO

NÚM. 115

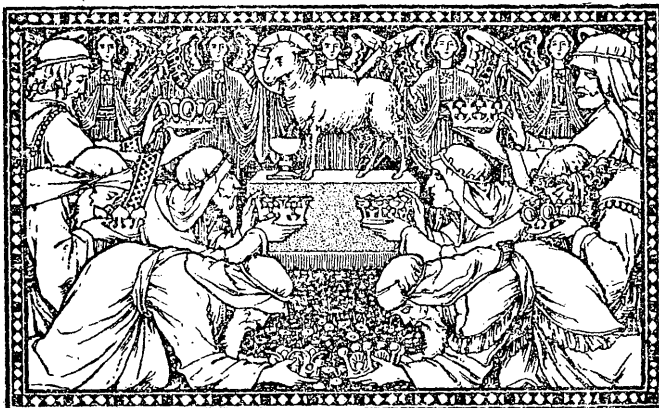
CONSIGNA



«Toda existencia humana —de individuo o de pueblo— es una pugna trágica entre lo espontáneo y lo difícil.»

JOSE ANTONIO

(Ensayo sobre el nacionalismo.)



CUESTIONES EN TORNO A LA MISA

Tres realidades de nuestro sacrificio

(Continuación.)

POR FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL

OFRENDA



ERO la Eucaristía no va a ser solamente bendición, sino también ofrecimiento. Del homenaje por el cual alabamos a Dios y le agradecemos sus dones, a aquel por el cual se los ofrecemos, no hay más que un paso, y la Iglesia le da convirtiendo la Eucaristía en ofrenda del pan y el vino. Así lo decía ya aquel canon primitivo, transmitido por San Hipólito: «Acordándonos, pues, de su muerte y resurrección, te ofrecemos

el Pan y el Cáliz, dándote gracias por habernos juzgado dignos de estar en tu presencia y de servir a tu santo altar. Y te rogamos que envíes a tu Espíritu Santo sobre esta oblación de la Santa Iglesia». La idea eucarística no ha desaparecido, puesto que damos gracias a Dios, que nos ha hecho dignos de estar delante de El; pero a ella viene a juntarse la de la ofrenda, una ofrenda de pan y vino, como la de Melquiades, sacerdote de Salém: «Te ofrecemos el Pan y

el Cáliz». Y éste parece ser el gesto principal. Se ofrece el pan y el vino, porque estamos reproduciendo la Cena, porque Cristo lo quiso así, porque el pan y el vino representan al que es el alimento del alma, al que pudo decir con toda verdad: «Yo soy el Pan de vida», y porque en estos elementos encontrarán los cristianos de todos los tiempos hermosas e instructivas figuras y símbolos impresionantes de las más altas verdades de la vida espiritual. En el primer devocionario que ha tenido la Iglesia, la Didajé, se rezaba ya de esta manera: «Como este pan, disperso antes en las montañas, ha llegado a ser uno, así un día tu Iglesia sea reunida de todos los confines del mundo en tu reino».

Esta oblación del pan y el vino se subraya en todo el curso de la Misa: el ofertorio la insinúa, la secreta alude a ella constantemente; el Canon habla de «dos donos, de los obsequios y de los sacrificios inmaculados, depositados sobre el altar, y aún después de la consagración, que los ha transformado, decimos al Señor que le presentamos nuestra ofrenda *de tuis donis ac datis*. Todo esto revela una realidad innegable, una intención, una voluntad, la de presentar la Misa como la oblación de la Santa Iglesia, oblación de unos dones tangibles, elementales y tradicionales entre los hombres, con la cual se perpetúa y consagra una de las formas milenarias del sacrificio.

Más que un sacrificio pudiéramos llamarlo un homenaje. Dios no tiene necesidad de nuestro pan ni de nuestro vino. «¿Acaso voy a comer yo carne de toros o beber sangre de cabritos?», decía a los hebreos en el Antiguo Testamento. «Si tuviese hambre, no te lo diría, pues mía es la tierra y todo lo que contiene.» La ofrenda no es más que un reconocimiento de esta propiedad, y como un símbolo por el cual se continúa y se acentúa la acción de gracias. Este sentido tienen también los ritos relacionados con las primicias. Todo es de Dios y nosotros somos también suyos. También nosotros estamos incluidos en nuestra ofrenda. Por eso

decía San Agustín: «La Iglesia sabe que en aquello que ofrece ella misma se ofrece». Y así, en la ofrenda del pan y del vino, humilde sacrificio ritual, de un sentido casi popular, está virtualmente contenido otro homenaje, no ya ritual y ocasional, sino moral y permanente: la ofrenda de nosotros mismos ante la majestad de Dios, que nos ha dado el ser y le conserva.

LA INMOLACION

Pero si no han sido abolidas las antiguas tradiciones hebraicas ni los usos elementales de todos los pueblos, nada de esto debe hacernos olvidar que, como observa el Concilio de Trento, la Misa es, ante todo, un acto de propiciación, un sacrificio expiatorio, en que se inmola el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Se ofrece el pan y el vino, y al mismo tiempo la cosa ofrecida es el mismo Cristo: o si se quiere, el Cuerpo y la Sangre de Cristo, inseparables de su alma y divinidad. Este tercer aspecto no anula los otros dos, aunque los supera infinitamente. La acción de gracias permanece; la realidad de la oblación nos permitirá hablar, antes y después de la consagración, de los dones, de los presentes, de las ofrendas que se presentan ante el altar; pero todo queda como empujado ante el prodigio trascendente del sacrificio cristiano: por virtud de las palabras del sacerdote, en el altar ya no hay pan y vino; es el mismo Cristo quien está allí bajo las humildes apariencias del vino y del pan. Y ya no es una cosa material la que se ofrece, sino el Cuerpo mismo del Hombre-Dios. Esto es lo que da a la Misa su valor supremo, su sentido más alto y ese carácter grandioso que hace de ella un sacrificio de expiación, y de expiación perfecta. Aseguraba San Pablo, escribiendo a los hebreos, que «sin efusión de sangre no hay perdón», y al escribir estas palabras pensaba principalmente en este sacrificio del cristianismo, por el cual Cristo se ofrece y a la vez se

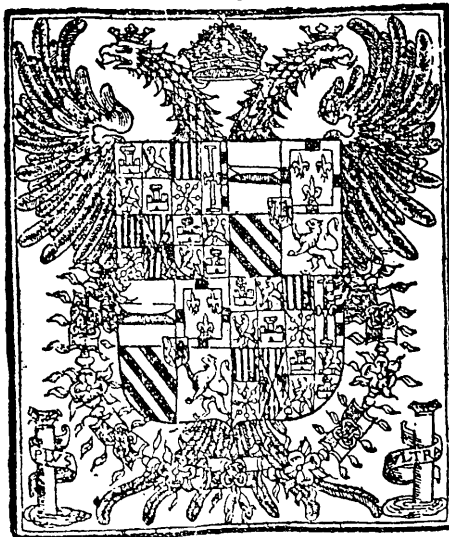
inmola. Se ofrece Cristo, es decir, el Cuerpo y la Sangre de Cristo, y esta expresión tiene para nosotros resonancias dramáticas, puesto que erige ante los ojos de nuestra mente el símbolo glorioso de nuestra redención, el sangriento madero y el sacrificio de Viernes Santo, por el cual el misterio de la Misa es en realidad el misterio de la Cruz.

Por aquel Viernes Santo tenemos una víctima, requisito indispensable de un verdadero sacrificio, el acto religioso por excelencia. La ofrenda de los bienes de la tierra podía llamarse en la antigua ley un sacrificio pacífico; pero el verdadero sacrificio es este sacrificio trágico de expiación, en el cual corre una sangre divina. Tenemos sangre, sangre «que es derramada por muchos en remisión de los pecados»; tenemos un Cuerpo, «que es entregado por nosotros». Y obsérvese que Cristo habla en tiempo presente para expresar esa virtud, que se renueva perpetuamente en la celebración de la Misa. Se entregó, se derramó una vez visiblemente en la cumbre del Calvario; pero sigue entregándose y derramándose cada día místicamente en el ara del altar, pues el misterio de la Misa es, en definitiva, el misterio de la Cruz.

Pero la Iglesia no quiere que este aspecto fundamental eclipse todos los otros. Ante la grandeza de la idea de la transubstanciación, podríamos preguntarnos: «¿Es posible que siga en pie aquella tímida acción de gracias del Testamento Antiguo? ¿Es posible que permanezca el rito de la oblación del pan y el vino, cuando tenemos otra oblación más alta, que es una inmolación verdadera? Así se desprende todos los ritos actuales y de los textos eucarísticos más antiguos. No debemos olvidar que nos encontramos ante el gran misterio del amor. Nuestra curiosidad desearía saber cómo se reitera la inmolación redentora, y hasta qué punto la oblación mística de la Misa se identifica con la oblación sangrienta del Calvario; pero la más alta teología no logra proferir sobre estas cuestiones más que débiles balbuceos. «Importa —dice dom Capelle— no disimular la inmensa complejidad de la Misa con el afán de explicarla mejor. No tratemos de comparar este sacrificio prodigioso con cualquier otro sacrificio: es único. ¿Y cómo sorprenderse de ello? ¿No es el sacrificio del Verbo de Dios, vestido de nuestra carne, en quien se transubstancian el pan y el vino? Sólo esto abre a nuestras miradas horizontes incommensurables.»



NACIONALSINDICALISMO



FRASE QUE DEBE SER LEIDA EN LAS ESCUELAS ANTES DE EMPEZAR
LAS CLASES

«Sólo se alcanza dignidad humana cuando se sirve. Sólo es grande quien se sujeta a llenar un sitio en el cumplimiento de una empresa grande.»

JOSE ANTONIO

(Carta a Juan Ignacio Luca de Tena.)



Historia de la Sección Femenina

(Continuación.)

POR PILAR PRIMO DE RIVERA

VALENCIA, 1936

Desde Castilla, hablándonos de Patria, había llegado hasta Levante la voz de José Antonio.

El triunfo del Frente Popular, lejos de empalidecer aquella luz, enriqueció a la Falange va-

lenciana con la creación de la Sección Femenina. Fué en marzo de 1936 cuando Vicenta y María Chabás, nombradas Delegada y Secretaria Provinciales, respectivamente, recibieron el encargo de llevar a cabo en Valencia y provincia su organización.

Difícil era la propaganda en aquellos momentos; la labor de proselitismo, hecha con cautela, tropezó muchas veces con el escollo de la sensatez familiar. La Falange había comenzado su gran prueba: José Antonio, derrotado en las elecciones, se hallaba encarcelado, y su partido, pese a cierto famoso fallo judicial, vivía prácticamente fuera de la ley.

Valencia tuvo bien pronto su Sección Femenina, llena de mística, de estilo; de fe, presta en alma y vida a todo sacrificio; dedicada a la colaboración, a la atención de los camaradas presos, a la propaganda.

Las postulaciones, también a cargo de las muchachas, hubo que rodearlas del mayor sigilo, pero gracias a ellas, a los camaradas presos en las cárceles valencianas, y que diariamente, en aquellos meses de pre-revolución recibían el aliento de las visitas de la Sección Femenina, nunca les faltó alimentos, ropa y tabaco. Y cuando recibieron la noticia de la llegada de José Antonio a la cárcel de Alicante, hasta allí fueron las camaradas de Valencia. A través de aquella reja oyeron por última vez su voz, recibieron sus últimas consignas y, por postrera vez, el aliento para la lucha, para la muerte, para el triunfo.

En su espera, la Sección Femenina de Valencia había confeccionado infinidad de brazaletes, camisas azules, insignias, banderas, llenando con todo esto colchones, los huecos de tapicería de muchos muebles y sitios inverosímiles; había trasegado y ocultado armas...

Llegó el 18 de julio...

Todavía, después de esta fecha, nuestras camaradas siguieron visitando a sus presos, actuando de enlaces, trabajando. Pero un día...

Las puertas de la Prisión Provincial de Mujeres se abrieron para gloria y martirio de la primera Sección Femenina de Valencia. Tres camaradas, Vicenta y María Chabás y Casilda de Castellví, son detenidas por falangistas.

Acusadas de pertenecer a Falange, fueron en-

carceladas desde las primeras semanas del Movimiento. Tratadas con dureza, confundidas con las presas comunes y por ellas espiadas. En su vida de reclusas, sujetas a continuo sobresalto y vejaciones, tuvieron ocasión de demostrar su resignación de cristianas y su entereza de falangistas.

Vicenta y María prestaron declaración en seis ocasiones. Sus verdugos insistieron en perdonarlas si descubrían tan sólo dos nombres. «¡Antes morir mil veces!», repitieron siempre.

Casilda fué interrogada el 1 de octubre de 1936, y lo hizo saber en un escrito que llegó a manos de los suyos ingeniosamente oculto entre los puntos de un cinturón de ganchillo: «Me han preguntado mucho —decía— por papá y por Enrique» —su hermano, también caído. Y olvidándose de sí misma: «Buscad a Enrique un abogado». Y añadía para tranquilizar a su madre: «Por mí no temáis, que he quedado muy bien».

Pero a pesar de estas palabras, ¡con qué claridad les había mostrado Dios su destino!

El 6 de octubre de 1936, a las diez de la noche, cuando las reclusas disponíanse al sueño, llegó al dormitorio general de la Prisión de Mujeres, precedida del estrépito de cerrojos, la orden de la libertad de Vicenta y María Chabás y de Casilda de Castellví. Era la primera vez que esto ocurría a hora tan insólita.

Pero en vez de la libertad, en la noche tibia de otoño valenciano, un coche las llevó hasta la Cruz de Paterna.

Como la luna brillaba magnífica, nuestras camaradas pudieron claramente ver los preparativos de lo que se trataba. Según un testigo, Casilda lanzó a los forajidos esta frase: «¡Cobardes, nos vais a matar; pero todavía no sabéis cómo mueren las mujeres españolas!».

Tres ¡ARRIBA ESPAÑA!, y las descargas hirieron el aire con gritos de muerte y también de triunfo, porque Dios, misericordioso, al aceptar el holocausto, las acogía en su seno. Y la

tierra de Valencia recibió en sus brazos aquellos cuerpos jóvenes, empapándose por vez primera con sangre de las mujeres de Falange.

ALICANTE, 1936

JOSE ANTONIO estaba en la cárcel de Alicante desde marzo de aquel año, y, como es natural, la principal ocupación de la Sección Femenina en aquella provincia consistía en atenderlo y visitarlo a él y a los demás camaradas que había en la misma prisión.

En eso y en cumplir las órdenes de JOSE ANTONIO, que había que llevar muchas veces fuera de la ciudad para que los camaradas dispersos y perseguidos no perdieran el contacto con el Mando.

Pero eran tan agrios ya los días que corrían por entonces, que el llevar unas órdenes, aunque sólo fueran de palabra, no era cosa sencilla.

De todo se sospechaba, y cada coche era un coche fantasma para nuestros enemigos, que a veces hasta en medio de un tiroteo cerrado tenía que cumplir su misión.

Así le sucedió alguna que otra vez al camarada «Morris», portador de nuestras afiliadas Car-

men Margot y tía Ma, cuando iban con órdenes de JOSE ANTONIO por los pueblos de Alicante.

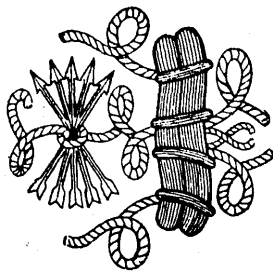
Pero seguía el contacto con la cárcel y los de fuera, en parte por medio de los pocos falangistas que iban quedando libres, pero sobre todo gracias a la Sección Femenina de aquella comarca, que se apiñó a las rejas de Alicante como si quiera extraer de allí hasta la última esencia de la Falange.

Y fueron detenidas tía María Carmen y Margot, y fueron detenidas y muertas después Vicenta y María Chabás, afiliadas de Valencia y constantes enlaces con JOSE ANTONIO en los días que precedieron al Movimiento.

Como fué atado a la cola de un caballo y arrastrado por las calles de Murcia el camarada Federico Servet, Jefe Provincial de aquella provincia, que había conseguido evadirse de la cárcel donde estaba detenido, para ponerse en contacto con JOSE ANTONIO.

Y mientras esto hacían los camaradas de la zona roja, en la otra parte de España se luchaba denodadamente por recuperar la pérdida unidad de las tierras y de los hombres de España.

(Continuará.)





Doña Catalina de Mendoza

POR ANGELA GONZÁLEZ PALENCIA



El ejemplo de Santa Teresa y sus obras influyeron enormemente en las mujeres de su tiempo y de la época posterior hasta el siglo XVIII. El lenguaje típicamente castellano de la Santa Fundadora, su manera natural y clara, exenta de artificio literario, de declarar los misterios de la vida espiritual, de explicar los grados de oración y mortificación que son menester para llegar a la unión con Dios, hicieron comprender a muchas personas, incluso poco educadas y na-

da propicias a la teología y la filosofía, las reglas de la educación espiritual y la manera de alcanzar un maravilloso grado de religiosidad. Al mismo tiempo, la rectitud de juicio de Santa Teresa y su sinceridad admirable contribuyeron a concluir con los muchos abusos de las «beatas revelanderas», las que tenían «revelaciones» y «visiones» que el Santo Oficio consideraba a menudo como diabólicas y castigaba como consideraba oportuno.

No solamente podían las mujeres hacer vi-

da religiosa en los conventos más o menos de clausura, sino que también era costumbre de la época el que cualquier mujer pudiese ser «beata», especie de religiosa laica (valga la paradoja), es decir, hacer vida de monja con voto de castidad, de obediencia al confesor y a veces de pobreza, permaneciendo, sin embargo, en la casa propia, o en la de los padres y familiares, vistiendo una especie de hábito llamado «monjil y tocas», y pudiendo atender a las obligaciones mundanas propias de su estado, porque, como decía fray Luis de Granada, «lo que es de obligación se debe anteponer a lo que es de voluntad y devoción».

Una de estas beatas, seguidoras de Santa Teresa, que no llegó a santa ni sería la peor de las de su clase, fué doña Catalina de Mendoza, sobrina del famoso don Diego Hurtado de Mendoza.

Nació en Granada, el día de Santa Agueda (5 de febrero) del año 1542. Era hija natural de don Iñigo López de Mendoza, tercer marqués de Mondéjar y cuarto conde de Tendilla, gobernador de la Alhambra y capitán general del reino de Granada, y de una señora de la que apenas se sabe que se llamaba doña Luisa de Mosquera. Se crió en casa de sus abuelos paternos, el marqués de Mondéjar y su mujer, llamada también doña Catalina de Mendoza, a quien sus vasallos solían llamar «la marquesa santa» y fué educada por éstos y en especial por su tía, doña María de Mendoza, con quien vivió la mayor parte de su vida. En sus primeros años, Catalina era una muchacha bonita y agradable, de quien su ilustre tío, don Diego de Mendoza, decía que «parecía que comía asadores, según andaba de derecha», y que gustaba de los trajes bonitos, de las joyas y de los libros de caballerías, como Santa Teresa en su juventud.

Pensando su tía, doña María, persona muy religiosa, que los entretenimientos de su sobrina eran asaz insignificantes, si no peli-

grosos, para su alma, la hizo servirle de lectora, escogiendo a fray Luis de Granada. En efecto, Catalina comprendió la lección, y desde entonces hizo vida más austera, estudió latín, música y aritmética, además de ejecutar finos bordados y otras preciosas labores femeninas, en contra de los deseos de su tía, que encontraba a su sobrina demasiado delicada de la vista para dedicarse a esos trabajos en que tanto se pierde. Y en el sentido religioso llegó a desesperar a su tía con sus ásperas penitencias, tales como dormir en el suelo, ponerse guijarros en la cama, disciplinarse, atarse al cuerpo una cadena de garfios y otras muchas que hoy nos hacen estre mecer, pero que entonces eran relativamente corrientes.

A los quince años, sus padres pensaron en casarla, y lo hicieron con don Diego de Ayala y Rojas, conde de la Gomera. Como a éste le retuvieran ciertos asuntos en Sevilla, donde vivía, el matrimonio se celebró por poderes, cosa frecuente en aquel entonces. La idea de haber recibido un nuevo Sacramento, de pertenecer en cuerpo y alma a su marido, causaba a doña Catalina un temor casi religioso. Aunque ya podía hacerlo, decidió no salir de casa, ni adornarse, ni vestirse sino humildemente hasta no reunirse con su marido. Como éste tardaba en venir a reunirse con su mujer, decidió escribirle, pero le fué devuelta la carta por haber muerto el correo en el camino. Doña Catalina tomó esto como un aviso del cielo, y no volvió a escribir al ausente. El cual resultó vivir públicamente con una mujer, dando malísimo ejemplo y escándalo a toda Sevilla. Al saberlo doña Catalina perdió en un instante todas sus ilusiones de esposa, se vinieron abajo todos los planes que había hecho para el porvenir y buscó consuelo en el Esposo que jamás falta a quien en Él se fía.

Ya no estaba obligada a vivir con un marido que había roto por sí mismo, y sin mo-

tivo alguno por parte de su mujer, los lazos conyugales, y su padre empezó a dar los pasos para proceder a la separación. El pleito fué largo y engorroso, pero por fin el matrimonio fué anulado por Su Santidad, dejando libre a doña Catalina para poder casar o tomar otro cualquier estado ¡al cabo de dieciocho años!

No esperó tanto tiempo nuestra beata para tomar una determinación; como el matrimonio estaba de hecho disuelto, en 1560, a los tres años de realizado aquél, pronunció su voto de castidad. Hizo confesión general y decidió dedicar enteramente su vida, en el tiempo que le dejaban libre sus tareas domésticas, de las que su tía se había descargado en ella, a los ejercicios de vida espiritual necesarios para llegar a la unión con el Esposo. No pudo en mucho tiempo darse a la oración y contemplación, pues su padre, nombrado virrey de Nápoles, después de muchos vaivenes políticos que sufrió en España, resolvió dejar a nuestra beata la administración de sus posesiones en Castilla durante su ausencia, prefiriéndola a sus cinco hijos varones; preferencia que doña Catalina justificó, apaciguando la vida en los pequeños estados de Mondéjar y Tendilla; entre otras cosas, encargó a los padres de la Compañía de Jesús lo que hoy llamaríamos *misiones*, exaltando la moral y la religiosidad de los habitantes de Mondéjar y Tendilla; cobró y administró las rentas que producían, arregló muchos de los pleitos pendientes entre el marqués y sus vasallos; como diríamos hoy, hizo de *detective*, ayudada por el licenciado Liébana, al lograr prender a unos asesinos moriscos y a un famoso ladrón que, por tener pacto con el diablo, se volvía invisible y podía robar a su antojo, entre otros delinquentes; también acabó con las entrometidas y terceras, de quienes decía que debían ser emparedadas, y con muchos asuntos contrarios a la moral; incluso llegó a prohibir

las corridas de toros, no siendo ensogados y embolados, lo cual consentía el Papa.

Al volver el marqués de Nápoles recibió una grata sorpresa cuando doña Catalina le presentó cuentas y pudo comprobar que sus asuntos estaban en orden, sus deudas pagadas y había un buen sobrante de oro en sus arcas; como se encontrase una diferencia de ocho reales, doña Catalina se apresuró a ponerlos de su bolsillo, «para no mancharse las manos con el dinero que había manejado».

No tardó mucho el marqués en morir, y entonces doña Catalina, liberada de sus deberes para con su familia, se dedicó con alma y vida a sus deberes espirituales, añadiendo a los votos de castidad y obediencia ya formulados el de pobreza, para cumplir el cual donó toda su fortuna al colegio de la Compañía de Jesús de Alcalá de Henares, que había fundado juntamente con su tía si bien fueron precisos doce años de negociaciones para que los padres aceptasen la donación, por temor a ser reprochados por los parientes de doña Catalina.

Désde entonces la vida de ésta fué de severa penitencia y modestia exagerada; comía poco, se disciplinaba hasta la crueldad y apenas salía de casa como no fuera a la iglesia, no en las fiestas muy concurridas y procurando no hacerse notar, por no tener vanidad de presunta santidad; para quitarse todas las vanidades, no solamente vestía mal y no cuidaba de su aspecto, a no ser para empeorarlo, sino que no escribía ella misma sus cartas, las hacía escribir a una sirvienta poco conocedora de las letras, y renunció incluso a rezar en latín, para no presumir de un conocimiento entonces poco frecuente entre mujeres; llegaba a servir a sus criadas y soportaba con alegría todas las mortificaciones, pues todas estas cosas la llevaban a la unión con Dios.

Después de procurar purgarse de sus ma-

las inclinaciones, se dedicó con ardor a la oración mental, acabando por tener el don de oración; de éste pasó a la oración de quietud y llegó a lograr la unión con el Divino Esposo, quien la tomó de la mano y la atrajo a sí, ayudándola en su ascensión, en la que no pidió ni obtuvo visiones ni revelaciones, cosa que la asustaba, aunque sí tenía éxtasis.

Murió santamente a los sesenta años de edad, dejando en la casa de Mendoza el recuerdo de una mujer, si no santa, al menos de raras cualidades y virtudes de primer orden. Su vida ha sido estudiada por varios padres de la Compañía de Jesús, entre ellos el padre Jerónimo Perea, y modernamente por el hispanista francés Morel-Fatio.





POESIAS

A LA VIRGEN DE LA PALOMA

*A la caza de palomas
va volando el gavián
por entre el bosque de agujas
de la iglesia catedral.*

*Una palomita blanca
se ha venido a cobijar
en los brazos de la Virgen,
huyendo del gavián.*

*El gavián la requiere
de amores, a lo galán,
con su pico de pizarra,
con sus ojos de cristal.*

*¡Cómo veloz con sus alas
vuela de acá para allá!
La palomita, asustada,
quiere de nuevo volar.*

*Pero, ¿a dónde irás
que estés mejor defendida
de tu enemiga mortal?*

*La Virgen de la Paloma
para defenderla está.
Tiene el gavián muy cerca
y lejos el palomar.*

*Con sus manos la protege
y no la deja volar.
Mas cuando pase el peligro,
la dejará en libertad.*

*La Virgen de la Paloma
la mira con tierno afán,
y así parece decirle,
compasiva y maternal:*

*«¡Palomita, no te vayas,
que conmigo bien estás,
y ven a mis brazos siempre
que te siga el gavián!»*

BONIFACIO ZAMORA

CASTILLA

El ciego sol se estrella
en las duras aristas de las armas,
llaga de luz los petos y espaldares
y flamea en las puntas de las lanzas.

El ciego sol, la sed y la fatiga.
Por la terrible estepa castellana,
al destierro, con doce de los suyos
—polvo, sudor y hierro—, el Cid cabalga.

Cerrado está el mesón a piedra y loda...
Nadie responde. Al pomo de la espada
y al cuento de las picas el postigo
va a ceder... ¡Quema el sol, el aire abrasa!

A los terribles golpes,
de eco ronco, una voz pura, de plata
y de cristal, responde... Hay una niña,
muy débil y muy blanca,
en el umbral. Es toda
ojos azules, y en los ojos, lágrimas.
Oro pálido nimba su carita, curiosa y asus-
[tada.

«Buen Cid, pasad... El rey nos dará muer-
[te,
arruinará la casa,
y sembrará de sal el pobre campo
que mi padre trabaja...
Idos. El cielo os colme de venturas...
¡En nuestro mal, oh Cid, no ganáis nada!»

Calla la niña y llora sin gemidos;
un sollozo infantil cruza la escuadra
de feroces guerreros,
y una voz inflexible grita: «¡En marcha!»

El ciego sol, la sed y la fatiga.
Por la terrible estepa castellana,
al destierro, con doce de los suyos
—polvo, sudor y hierro—, el Cid cabalga.

C. GONZÁLEZ-RUANO

LA MOZA DEL CANTARO

«Beba, señor: es hielo.» —Cantarina
la voz; cual manantial refrigerante,
fué remedio a mi sed de caminante
más que la propia vena cristalina.

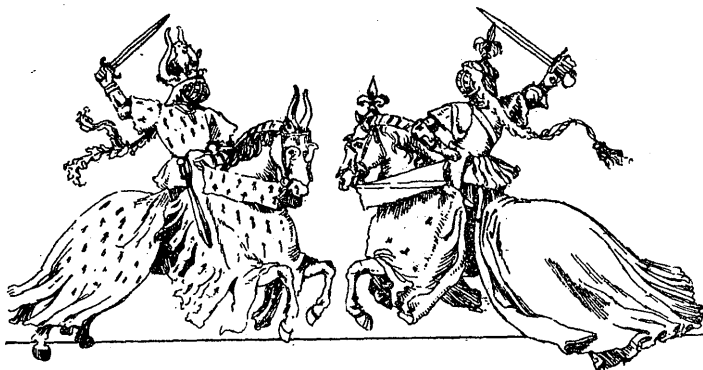
«Gracias.» —Y la piadosa campesina
sigue, llevando el cántaro, adelante;
lo apoya en la cadera; su arrogante
cuerpo a un lado graciosamente inclina.

Yo pensaba: ¡Rebeca!... La voz mansa
que en la Biblia sanó... «Bebe y descansa.
Trae hacia las cisternas tus camellos.»

Sonreía Eliezer. Los animales
tendían a los líquidos cristales,
con golosa avidez, los largos cuellos...

ENRIQUE DÍEZ-CANEDO





FIGURAS IMPERIALES

El tercer Enrique de Castilla

POR MANUEL BALLESTEROS-GAIBROIS

Catedrático de la Universidad de Madrid.



HEMOS definido como características imperiales la dominación de tierras y el hecho de poderse elevar mentalmente sobre la inmediata realidad de los hechos que se viven, para dominar más anchos horizontes e intuir más grandes líneas, para descubrir anticipadamente cuál es la marcha de la Historia. Tan raro privilegio es deparado por Dios y por la Historia a contados seres, y por esto son los que marcan los hitos o jalones de la marcha de los pueblos por el tiempo. Entre ellos se contó Enrique III de Trastámara, rey de Castilla, llamado *el Doliente*.

Quien esté medianamente iniciado en Histo-

ria quizás crea un poco inadecuado el título de *imperial* que damos a Enrique III al incluirlo en nuestra serie de hombres que labraron el Imperio o que poseyeron las cualidades y características singulares de los hacedores de imperios. Enrique III, que reina de 1393 a 1406, y al que una enfermedad implacable acongojó durante su vida, conduciéndole prematura y forzadamente al sepulcro, pese a su energía, a su auteridad, a su empeño de poner orden en un reino donde campaban turbulentamente nobles de la categoría del Duque de Benavente, tío suyo, no posee un reinado brillante, en el que grandes hechos de armas —olvidadas las miserias in-

mediatas de la guerra— contribuyan al ensanchamiento visible de sus estados. Aunque guerra contra Portugal y contra los moros granadinos, su reino no amplía sus fronteras como en tiempos de Fernando III. Por esta consideración puede parecer forzado y artificioso el incluir al tercer Enrique, cuyos actos son todavía en parte ignorados, por la inexistencia de un buen estudio, entre las figuras imperiales. Al terminar estas líneas veremos cómo el juicio formulado en este sentido es prematuro.

Castilla ha crecido incesantemente desde los días de Pedro I, desde el momento en que éste caía en Montiel y una nueva dinastía se sentaba sobre el trono de San Fernando. El siglo XIV europeo iba perfilando las fronteras de los estados, consolidando la importancia de unos y de otros, y entre las naciones de Occidente, Castilla —que se asomaba a los mares por tres costas: Cantabria, Andalucía y Murcia— ocupaba ya una posición predestacada. Mientras Francia derrama la sangre de sus hijos en una interminable guerra feudal —que no otra cosa es la de los Cien Años—, sin haber aún comprendido plenamente en qué consiste la realeza, la nación, las fronteras, etc., Castilla mantiene una dinastía fuerte, cuya autoridad reconocen incluso aquellos que se sublevan contra ella.

Esta crecida Castilla de los Trastámara se halla en un meridiano divisor por demás interesante y crítico, un meridiano divisorio entre el mundo viejo euroasiático y el mundo nuevo atlántico y ultramarino. Quien en estos momentos sepa intuir la posición estratégica y la postura, será indudablemente un hombre con vista de águila y con capacidades extraordinarias. ¿Aconteció así en los tiempos de *el Doliente* Enrique III?

El mundo viejo no estaba exhausto, ni mucho menos. Incansable productor de razas, había lanzado sobre Europa una nueva y amenazadora oleada: los tártaros de Timur *el Cojo*, ahitos de victorias y cuya última hazaña había detenido en Ankara a los turcos de Bayaceto. Eran los

tártaros una efectiva amenaza por su fortaleza y por la estabilización que consiguieron una vez derrotados los turcos y —transitoriamente— anulada su eficacia conquistadora. Ante este mundo asiático en movimiento, sólo cabían dos posiciones: la del temor abyecto de los bayardos moscovitas o la de aceptar la realidad de los hechos y conseguir ventaja de ellas. Hasta qué punto los cristianos de Occidente valoraron debidamente la ayuda indirecta que suponía la derrota de los turcos por los tártaros, no es materia discutible ahora, pero que sí hubo algunos que supieron considerar la importancia del nuevo astro oriental lo prueba la iniciativa de Enrique III de Castilla.

A poco de ganar la batalla de Ankara, Tamerlán recibe una embajada castellana, integrada por Payo Gómez de Sotomayor, mariscal de Castilla y de nobilísima familia, y Fernán Sánchez de Palazuelos. Los embajadores llevaban presentes de su rey al *vieux massacreur*, como lo llama Duroy, y pedían el establecimiento de relaciones de amistad entre ambos monarcas. ¿Qué había detrás de esta embajada? Aunque la documentación no es escasa, faltan las claves principales, lo que autoriza a establecer conjeturas y probabilidades, que no por tales han de parecernos descabelladas. En el mundo de finales del siglo XIV ha cundido ya la idea o noticia de la existencia de un lejano rey cristiano, el *Preste Juan de las Indias*, y a encontrarlo se dirigen pesquisas y embajadas. Esta búsqueda significa un viraje en los procedimientos tradicionales de lucha contra el infiel mahometano, ya sea sirio, árabe o turco, viraje consistente en el anudamiento de alianzas con otros príncipes que sean enemigos también de los musulmanes. El rey que tal conciba no puede ser considerado como un hombre encerrado en los linderos estrechos de su reino y de las complicaciones feudales de los suyos.

Extraña por ello que antes de que Tamerlán haya vencido a Bayaceto transitaran por los ca-

minos de Europa, por los que quizás aún cabalgaban aterrizados los vencidos por el turco en Nicópolis (1395), unos emisarios de Enrique III, con regalos y proposiciones para un lejano poder oriental, en el que, de momento, no veían más que un enemigo poderoso de los turcos. Que no fué esporádico el hecho lo demuestra que en 1403 salen nuevamente embajadores—Alonso Páez de Santa María, Ruiz González de Clavijo, autor de una *Historia del Gran Tamerlán*, y Gómez de Salazar—, cuya misión parece más definida y no ajena al deseo de enlazar con Oriente, a espaldas de los terribles enemigos de la Fe, de los turcos, otras vez dueños de los Santos Lugares. No cabe la menor duda, a la luz de esta consideración, de la visión imperial, por encima de los meridianos y la mezquindad de sus tierras y ambiciosas del doliente Enrique III.

Ello sólo, sin embargo, no bastaría para disputarlo como una figura verdaderamente imperial, si no hubiera una efectiva ampliación de territorio, en la que se aunaba también la clara comprensión del valor de la otra vertiente del meridiano divisorio en que hemos dicho se hallaba Castilla: el mundo ultramarino.

Desde mediados del siglo XIV italianos, portugueses, vascones, catalanes y franceses han iniciado sus aventuras por el Atlántico. Las tierras que bordean el Mediterráneo ya no hallan en él—infestado de piratas, corsarios y enemigos de la fe y del comercio cristiano— el tranquilo acomodo de los siglos inmediatamente anteriores. La pequeña boca de paso al Mar Tenebroso—el Estrecho— invitaba día a día a la aventura. De este modo fueron halladas unas islas cuyo nombre iba a oscilar durante años entre *Afortunadas*—quizás por el infante Fortuna que las visitó— y *Canarias*, por sus perros.

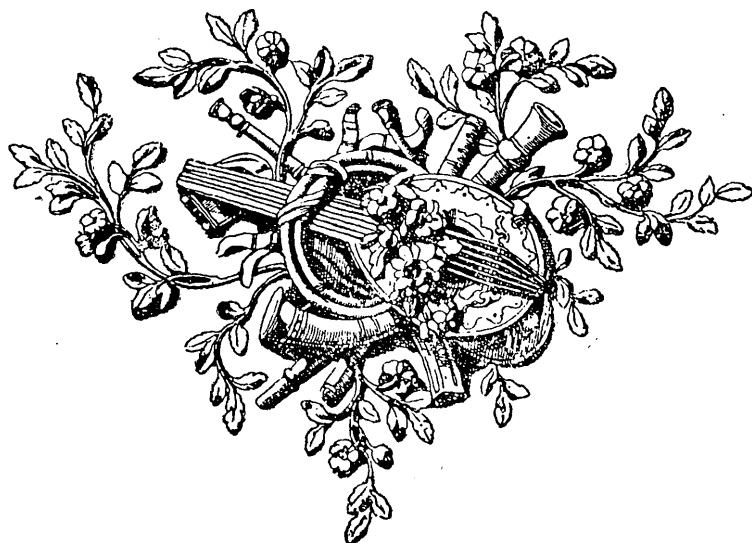
Larga es la historia de la conquista de las Canarias por los europeos, y en ella se entremezclan los nombres italianos—como el de Lan-

cillotto, que da nombre a Lanzarote—, mallorquines y franceses. Son estos últimos los que más decididamente se ponen a la tarea dominadora, y será el noble normando Jean de Bethencourt de Grainville de la Teinturiere, emparentado con la nobleza castellana, quien organice una expedición más amplia, que en los comienzos del siglo XV (1402) tome verdaderamente pie, con solidez, en tierra canaria. Mientras Gadifer, el segundo de Bethencourt, inicia la conquista, éste pasa a Castilla y ofrece vasallaje a Enrique III. Este acepta, entusiasta, la idea, y desde entonces, junto a los colonos franceses, pasan a las Islas también los castellanos. Por este simple hecho de visión clara del problema, los esfuerzos descubridores de otros pasan íntegros a manos de Castilla, que con tal posesión ve asegurada su ruta ultramarina, posibilitando —¡nada menos!— los viajes colombinos y el descubrimiento de América.

* * *

Castilla, siglo XIV y siglo XV, sólo unos años de reinado. Castilla meridiano entre Eurasia y las Indias Occidentales. Castilla saliendo de su feudalismo retardatario, personalista, fragmentador y despilfarrador gracias a la comprensión y visión que tuvo su monarca, doliente de cuerpo pero férreo de espíritu. Sin alharacas grandilocuentes, sin brillos de *condottiero* en los campos de batalla, Enrique III enviaba dos embajadas—de igual a igual— al más poderoso conquistador de su tiempo, logrando en la primera de ellas el rescate de dos princesas griegas—Angelina y María de Esclavonia—, que serían madres de estirpes españolas, y aceptaba el vasallaje de un noble francés, que prefirió la potencia marítima de Castilla, para donarle su descubrimiento y conquista, a la caduca autoridad de su propio rey francés.

Obra ésta que no dudamos es ciertamente imperial.



Cada autor y su obra, en su época y en su ambiente

XXXVI

POR RAFAEL BENEDITO



EN este desfile de figuras relevantes de la música se mezclan, forzosamente, las de máximo relieve, las que alcanzan la magnitud de genio, con otras que, no obstante pertenecer a inferior categoría, no pueden pasar desapercibidas ni dejar de mencionarse, por ser representativas de algún estilo o género especial o por caracterizar algún determinado período de tiempo o época.

Entre estas últimas, mencionamos a dos compositores italianos: Bellini y Donizetti, quienes, en realidad, debieron haber sido comentados, por estricto orden cronológico,

inmediatamente después de haberlo sido Rossini y antes de Verdi, por ser éste el puesto que les corresponde en la Historia de la Música.

Exceptuando los datos biográficos y físicos, ambos compositores tienen, desde el punto de vista artístico, tan gran paralelismo y sus obras responden de tan casi idéntica manera a representar un estilo en una época, que permiten ser incluidos en un mismo comentario.

En 1797, en Bergamo, nace Gaetano Donizetti, y en Catania (Sicilia), en 1801, Vincenzo Bellini. El primero deja de existir en 1848

y el segundo en 1835. La escasa diferencia de tiempo que media entre el nacimiento y la muerte de ambos compositores es como una representación de la especie de unidad con que en tantos aspectos el destino parece haberles ligado. Sus producciones entran de lleno en el período romántico; los dos siguen las huellas de un mismo músico, Rossini; ambos cultivan y llegan a ser *virtuosos* de la melodía, a la que conceden preponderancia, con descuido casi absoluto de todo lo demás, siguiendo y acentuando el gusto del público por el *bel canto* que a la sazón estaba en boga. Rivalizan en proporcionar motivo de lucimiento a los cantantes de ópera, *esclavos* de este *bel canto*, que más que al arte expresivo y puro sirve para exaltar la vanidad personal. Ambos llegaron a ser ídolos del público, que a fuerza de compararlos los hizo rivales, a pesar de ellos mismos. Si se hubieran de aquilatar los méritos de estos dos músicos, la tarea sería difícil, pues los dos están muy equiparados en cualidades y defectos. Las principales cualidades son: inspiración, delicadeza y buen gusto. Sus melodías, en honor de la verdad, en una parte considerable tienen belleza y sentimiento más que suficientes para pasar, como han pasado, a la posteridad. Si su concepto teatral, si su *visión* de la ópera no hubiera sido tan simplista y en cierto modo tan servil a las exigencias de los divos, quienes, a la vez, lo eran del público; si no hubieran descuidado tan lamentablemente la técnica musical en el aspecto armónico, contrapuntístico y orquestal; si sus bellas ideas no tuvieran tan débil, pobre y hasta inocente y pueril ornamentación, Donizetti y Bellini ocuparían puestos más altos en la Historia de la Música, pues eran artistas que acaso el ambiente y las modas del momento malograron, impidiéndoles desarrollar los gérmenes de genialidad que indudablemente atesoraban.

Donizetti estrena a los veintiún años, en

Venecia, su primera ópera, *Enrico, conte di Borgogna*, con éxito lisonjero. Más tarde, a semejanza de lo que hizo Rossini, admite un compromiso por el cual se obliga a estrenar varias óperas cada año. Cumple lo pactado; pero estas óperas, acaso por la razón de obligatoriedad del contrato, motivo tan contrapuesto a la producción verdaderamente artística, carecen, en general, de positivo valor y pasan, como vulgarmente se dice, sin pena ni gloria y sin dejar huellas sensibles de emoción y belleza. Más tarde, espoleado por el triunfo de su colega Bellini con su *Sonámbula*, escribe *Ana Bolena*. En 1835 se traslada a París, donde estrena *Marino Faliero*, cuyo éxito no llegó a alcanzar el que había obtenido Bellini con *Los puritanos*, que fué resonante. El mismo año, y en Nápoles, estrena *Lucia di Lammermoor*, que si bien momentáneamente no alcanzó resonancia, a lo largo del tiempo ha llegado a ser considerada como su obra maestra. Prohibida por la censura napolitana su ópera *Polinto*, en la que había puesto grandes ilusiones, se trasladada de nuevo a París, donde da a conocer *La hija del regimiento* y *La Favorita*, no exentas de cierto afrancesamiento, cuya comprensión por el público fué más bien tardía, pues la acogida al estrenarse no fué muy calurosa; pero, sin embargo, ambas quedaron en el repertorio de todos los teatros de Europa y aún perduran en él. Muchas otras obras de menos importancia, estrenadas en Roma, Milán y Viena, aumentan, sin enriquecerlo, el caudal de producción de este artista, que en los últimos años de su vida cayó en un estado de salud deficiente, cuya principal característica era la aguda melancolía y merma sensible de sus facultades, tanto físicas como creadoras.

Bellini hizo sus estudios en el Conservatorio de Nápoles, y todo hacía presumir en él un compositor de música religiosa, pues a

este género dedicó sus esfuerzos juveniles; pero, variando de rumbo, en 1825 estrena en Nápoles su primera ópera, género al que decididamente se entregó, titulada *Adelson e Salvini*. No consiguió con ella el nombre que esperaba, pero sí más tarde con *Bianca e Fernando*, con la cual logró extender su fama por toda Italia. Esta fama llegó al teatro de la Scala, de Milán —escenario que desde antiguo atrae a los músicos por su celebridad—, y la Dirección le encarga las óperas *El Pirata* y *La straniera*, que allí se estrenan en 1827 con éxito halagüeño. A estos éxitos siguen los de otras obras, que culminan en *La Sonámbula* y *Norma*. Esta última ópera, que tuvo como intérprete del personaje central a la Malibrán, la célebre cantante, tuvo un éxito verdaderamente sensacional. Reclamado desde París, se traslada a la hermosa capital, donde es calurosamente recibido y festejado y donde compone para el Teatro Italiano, que allí funcionaba, la ópera *Los*

puritanos, que estrena con éxito. Bellini, como Donizzeti, concede importancia casi exclusiva a la melodía, en la que, junto con grandes aciertos de elevada belleza y distinción, se encuentran también pobreza y mediocridad, descuidando, como aquél, los elementos musicales complementarios. Los acompañamientos de estas melodías suelen ser tan simples y pueriles que en muchas ocasiones llegan a la insignificancia. Bellini murió joven. De vivir más, hubiera evolucionado, sin duda, y como sus facultades eran positivas, hubiera legado a la posteridad obras de mayor importancia.

Acaso sin intención de serlo y seguramente estimulados a ello por los mismos públicos, Donizzeti y Bellini fueron rivales, o al menos así se les consideraba, durante toda su vida artística; pero la muerte prematura de Bellini hizo que Donizzeti quedara «dueño del campo» y monopolizara en la época el favor de los públicos.





CONCURSO

En esta Sección de Cuestionarios pretendemos despertar el interés de nuestras lectoras para resolver una serie de preguntas relacionadas con los más diversos temas y siempre de interés para su formación moral y cultural.

En el Concurso pueden tomar parte todas las lectoras.

Las bases serán las siguientes:

1) *Las preguntas vendrán seguidas de las contestaciones, y no podrán exceder de ocho líneas, en letra perfectamente legible.*

2) *Vendrán dirigidas a la Regiduría Central de Cultura, Delegación Nacional de la S. F. (Almagro, 36, Madrid), firmadas con nombre y dos apellidos, local y domicilio de quien las envía, indicando si es o no afiliada.*

3) *Vendrán dentro de la primera quincena del mes siguiente al de la publicación del Cuestionario correspondiente.*

4) *Mensualmente se repartirán dos premios, consistentes en libros, entre las que mejor contesten al Cuestionario.*

5) *Los nombres de las dos lectoras premiadas se publicarán mensualmente en CONSIGNA, indicando el premio que les ha correspondido, el cual les será enviado por correo a su domicilio.*

CUESTIONARIO

1.º ¿Cuáles son las condiciones para ganar las indulgencias?

2.º ¿Qué tuvo lugar en Burgos el 29 de septiembre de 1936?

3.º ¿Cuáles son los preceptos fundamentales de la Falange?

4.º ¿Qué diferencia hay entre vaporización y evaporación?

5.º ¿Qué hecho importante tuvo lugar en España el 8 de agosto de 1002?

6.º ¿Qué hizo Colón el 17 de agosto de 1502?

7.º ¿En qué cuadro de Velázquez del Museo del Prado hay, entre otras figuras, un autorretrato del pintor?

8.º ¿A qué estilo arquitectónico pertenece el célebre Partenón?

9.º ¿En qué estrofas están compuestas las obras de Gonzalo de Berceo?

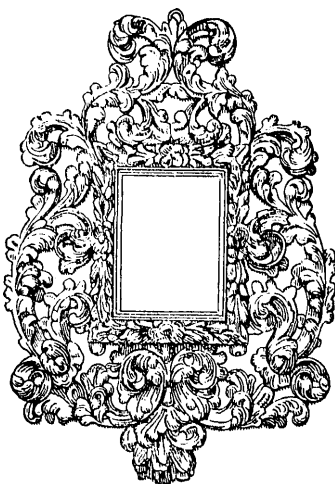
10. ¿Qué son oraciones adverbiales?

SOLUCIONES AL CONCURSO DEL MES DE JUNIO

- 1.^a Significa «entrada», y se compone de una antífona, de un verso salmódico y del *Gloria Patri*.
- 2.^a Desde el siglo XIII.
- 3.^a Felipe V.
- 4.^a Cantándose por primera vez el *Cara al Sol*, en público.
- 5.^a En *La Galatea*.
- 6.^a A Luis XIV.
- 7.^a Al descubrimiento de la dinamita.
- 8.^a El castillo de Mérida.
- 9.^a Instilándoseles una gota de argirol o nitrato de plata al 1 por 100.
10. Dos o más palabras juntas que hacen oficio de adverbio.

PREMIO CONCEDIDO A LA CONTESTACION AL CONCURSO DEL MES DE MAYO

A Margarita Pomar Tarongi, Maestra nacional de Biniali, calle Misión, 13, 2.º, *El pobrecito Carpintero*, de Eduardo Marquina.





El cambio de ambiente

POR FRANCISCA BOHIGAS



CUANDO llegue este número de **CONSIGNA** a vuestras manos nos encontraremos en pleno verano.

Gracias a los esfuerzos del Nuevo Estado, que va reverdeciendo su viejo tronco con la savia que le comunica el Movimiento, la alegría inundará los ámbitos más apartados de la Patria.

«¿De dónde brotará tanta alegría?», pre-

guntaréis. De los Albergues y de los Campamentos.

Una de las obras predilectas de la Sección Femenina es la creación y sostenimiento de Albergues para afiliadas y escolares.

Constituyen una síntesis de buen gusto y sencillez. Desde la sierra escarpada hasta la suave playa quedan sembradas de Albergues que con la Cruz, símbolo de caridad cristiana, y las banderas ondulando en sus en-

hustos mástiles, simbolizan la entrañable comunidad de todos los españoles en una misión, siempre superior a nuestras fuerzas humanas, porque a los españoles sólo nos entusiasma lo difícil.

Lugares sanos, vida ordenada en servicio de Dios y de España, crean tranquilidad interior que produce serenidad y alegría.

He aquí la razón de la alegría veraniega. Millares y millares de alberguistas cantan alegremente, y el eco transmite sus voces a la lejanía, anunciando a los poblados que la juventud, en un ambiente sano de cuerpo y de alma, recupera y atesora energía para la lucha del curso venidero.

¡Cuánta preparación habrá requerido el montaje de los Albergues! ¡Cuántos desvelos significan la preparación de los Mandos! Silenciosamente, desde la Academia Nacional de Instructoras «Isabel la Católica», se preparan, en cuanto al modo de pensar y al modo de ser, las Instructoras que luego discriminadas por toda España, en Albergues durante el verano y en colegios y escuelas durante el invierno, esparcen las consignas de unidad y hermandad entre todas las escolares que un día serán las madres de los españoles de la nueva generación.

¡Con qué unción y meticulosidad la Sección Femenina cuida de todos los detalles que pueden hacer eficiente un mando femenino! Jamás se pierde de vista que estamos formando futuras madres de familia; junto a la fortaleza de espíritu se cultiva la gracia natural, característica de la juventud.

El amor a la familia constituye el fundamento de la formación femenina. La familia cristiana, capaz económicamente, laboriosa, ordenada y limpia, constituye una aspiración para cada niña española. La Sección Femenina quiere aumentar el número de las familias que se basten a sí mismas; que se sos-

tengan con su propio trabajo, pero que sus esfuerzos sean bendecidos por Dios a petición de la propia familia.

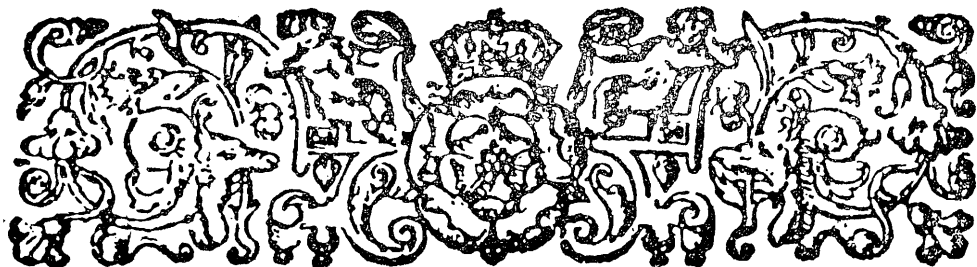
Con los Albergues se traban conocimientos entre escolares de distantes y distintas regiones españolas. Se familiarizan en su trato, hacen amistades. En suma, la comprensión entre todos los españoles se abre camino y son las propias escolares las que se convencen de la posibilidad de trabajar, de participar en una empresa común. Acaban por parecerles innecesario hablar de la unidad entre todos los españoles, ya que las alberguistas reunidas, procedentes de lugares distintos, no se sienten diferentes, ya que participan entusiasmadas en cantos, escenificaciones y labores diarias, sin que les cueste el menor esfuerzo.

¿Cómo no habría de ser así cuando, para entenderse, parten de una comunidad esencial: creen todas en el Dios verdadero, le rezan en el mismo idioma y se sienten hermanadas en el entendimiento y servicio de España, Patria única de todas?

Como sin proponérselo, la Sección Femenina va consiguiendo esa inteligencia y comprensión común entre las niñas de España. La Sección Femenina siembra, siembra para volver a sembrar. Pero siempre sembrando para que España coseche.

Ese lazo entrañable que nace en el conocimiento y se estrecha en el corazón; esa amistad infantil entre escolares constituye un manantial inapreciable de hermandad, de laboriosidad y responsabilidad que la juventud atesora y que habrá de sazonar, aun sin proponérselo, todas sus relaciones adultas.

La Sección Femenina ha dado una pauta; los Albergues acabarán por salpicar España de Cruces y mástiles con banderas, y el eco del Padre Nuestro, que estás en los cielos... y de las canciones anunciará la verdadera convivencia... la convivencia cristiana.



BIBLIOGRAFIA

GARCÍA Félix, O. S. A.: *San Juan de la Cruz y otros ensayos*.—Edit. Religión y Cultura. Madrid, 1950, 301 páginas; 40 ptas.

Ensayos, crítica y comentarios de los mejores escritores de nuestro Siglo de Oro. Desfilan por estas páginas de amena e interesante lectura, encabezados por el titular, Cervantes, Lope de Vega, Santa Teresa, Fray Luis de León y otros. Recomendable para todas.

CALVET, Henry: *Napoleón*.—Edit. Salvat. Barcelona, 137 páginas; 18 ptas.

Hay muchas biografías buenas y malas de Napoleón, y cada una de ellas la enfoca bajo un aspecto de su vida. En ésta el autor se ciñe exclusivamente a la figura militar, a las campañas guerreras, estudiándolas con objetividad, analizando todo lo que en ellas hay del biografiado y lo que puramente se debió a la casualidad y a la suerte. Para lectores con alguna cultura histórica.

PETERSHAM, Mand y Miska: *El libro de las cosas que comemos*.—Edit. Juventud. Barcelona; 30 ptas.

Libro muy apropiado para los lectores pequeños, pues en forma amena y con ilustraciones se instruyen y adquieren conocimientos de algunos

de los alimentos más extendidos, como son el arroz, maíz, trigo y azúcar. Sobre éstos se hace la historia del país de origen, su cultivo y elaboración primitiva y la actual, con modernas máquinas, que aumentan la producción con menor esfuerzo. Para niños desde los ocho años.

CÁNOVAS DEL CASTILLO, Antonio: *La campana de Huesca*.—Edit. Apostolado de la Prensa.

El asunto de esta novela se basa en el episodio histórico, de realidad muy dudosa y discutida, del castigo que el rey don Ramiro impuso a los nobles rebeldes. En la novela, este acto se lo adjudican a un almogávar fiel al monarca, al cual no da parte de su acto.

En conjunto es una obra que pueden leer sin dificultades todas las lectoras.

CASELLS, John: *La marca del Sanguijuela*.—Editorial Matéu. Biblioteca Moderna, 284 páginas.

Interesante novela de trama policíaca, que gustará a los aficionados a este género. No tiene inconvenientes, por lo que pueden leerla todas las lectoras.

CASTRESANA, Luis: *Los Wallace somos así*.—

Editorial Calleja. Col. La Nave. Madrid; 35 pesetas.

De amena lectura y fondo moral. Pueden leerla todas las lectoras.

PALACIO, Marianela: *Las aventuras de Lili*.—Editorial Escelicer. Biblioteca de lecturas ejemplares. Madrid; 126 ptas.

Una niña discolá y caprichosa, por diversas circunstancias se convierte en una jovencita amable y protagonista de varios sucesos fantásticos de la última guerra mundial. Para las Flechas Azules.

OPPENHEIM, John: *Anuncio para solteras*.—Editorial Matéu. Biblioteca Moderna. Barcelona, 196 páginas; 12 ptas.

Una especie de Barba Azul vive a costa de sus víctimas, logrando burlar a la Policía en repetidas ocasiones. No tiene inconvenientes morales. Para todas.

TAGORE, Rabinbranth: *El naufragio*.—Editorial Furturo. Buenos Aires, 240 páginas.

La novela tiene un marcado sabor oriental en la trama. No tiene inconvenientes morales y la pueden leer todas.

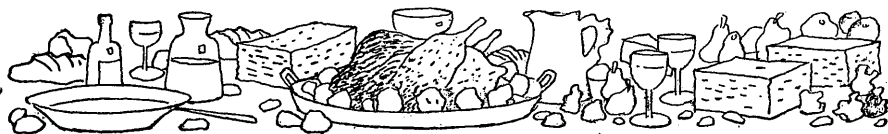
WALLACE, Edgard: *Los hijos de la noche*.—Editorial Molino. Barcelona, 1947, 77 páginas; 6 ptas.

Muy entretenida, como todas las de este autor. El asunto esta vez lo resuelve el gerente de un Banco que, yendo de polizón en un barco, logra descubrir a los autores de un crimen y robo. Para todas.

ROBERTS, Cecil: *La vida comienza ahora*.—Editorial Luis de Caralt. Barcelona; 40 ptas.

Se desarrolla en Italia, y la trama consiste en la oposición que hace a los amores de su hija con un noble inglés un pescador, el cual quiere casarla con el jefe de la flota, que lo ambiciona sólo por interés. Todo se resuelve satisfactoriamente al final. Resulta en todo momento entretenida y no tiene graves reparos morales, pudiendo leerla sin inconvenientes desde los veinte años.





Es bueno ser prevenido



UNA ama de casa verdaderamente digna de este nombre debe ser siempre capaz de improvisar una comida. Para ello tiene que prevenirse a tiempo; pero esa previsión, que es siempre conveniente, resulta doblemente apreciable en el campo. Los amigos que llegan impensadamente a comer o merendar representan muchas veces un problema imposible de resolver, ya que en los pueblos, y más aún en las casas un poco aisladas (no me refiero a las fincas de campo, en donde siempre se puede echar mano de jamón, chorizo, pollos, etc.), no cabe el recurso de llegar a la pastelería o a la tienda a cualquier hora; pero si tenéis en la despensa unas cuantas latas bien escogidas de conservas, podréis acoger alegremente el amigo que vuestro marido invita a almorzar a última hora, los que entran a saludaros de paso para otro pueblo, y aún seréis vosotras las que tranquilamente, y sabiendo que vais a que-

dar bien, podréis instarles para que se queden a comer o a merendar.

Vamos a deciros qué latas aproximadamente os conviene tener. Yo os aconsejo que en cuanto gastéis una de ellas la repongáis; de esa manera, sin un gran gasto, estaréis siempre dispuestas a poder «alargar» o improvisar una comida.

Hoy día las conservas son muy buenas y variadas. No es conveniente abusar mucho de ellas, pero podéis utilizarlas sin peligro siempre que las conservéis en sitio fresco y al comprarlas os aseguréis que están en buen estado. Para ello la lata debe tener la superficie de su base y cubierta completamente lisas; si aparecen un poco distendidas es que se han formado gases, y en este caso no está en buenas condiciones.

Fondo de reserva conveniente:

Seis latas de guisantes. Seis latas de judías verdes. Cuatro latas de espárragos. Cua-

tro latas de setas. Cuatro latas de corazones de alcachofa. Dos latas de puré de tomate. Dos latas de atún en aceite. Dos latas de salmón en aceite. Dos latas de aceitunas. Dos latas de gambas. Dos latas de sesos. Una lata de lengua. Dos latas de salchichas. Dos latas de sardinas. Dos latas de pasta para rellenar macarrones. Dos de trufas.

Tres botes de salsa mayonesa.

Si queréis añadir alguna fantasía, comprad también una lata de perdiz en escabeche, una de pastel de pollo, una de pastel de foigrás, otra de mortadela, un par de pasta de foigrás, un tubo de pasta de anchoa; consultad en la tienda donde habitualmente os servís sobre las mejores conservas que en aquel momento tengan.

Algunas latas de mermelada y de frutas al natural. Elegid siempre el tamaño mediano.

Como os decía antes, tened cuidado, al día siguiente de haber gastado una lata, si estáis en o cerca de un pueblo donde podáis encontrarla, o el día semanal en que váis al mercado, de reponer el género empleado, hasta que comprendáis que con lo que os queda podéis defenderos bien hasta el momento de volver a cuarteles de invierno.

Veamos algunos platos que podéis preparar rápidamente a base de estas conservas:

Corona de atún o de salmón.

Una lata de 800 gramos, tres huevos, medio litro de leche, 200 gramos de miga de pan.

Calentar la leche, poner en ella el pan bien migado, el salmón o atún chafado como puré, sal, pimienta, especias si gustan, las tres claras de huevo a punto de nieve y dos yemas. Mezclarlo todo bien y verterlo luego en un molde de corona. Ponerlo al baño maría y horno caliente veinte minutos. Preparar una salsa blanca, añadir el puré de tomate y ligarlo bien con la yema de huevo restante.

Desmoldar en una fuente redonda, verter un poco de salsa en el centro del molde y presentar el resto en una salsera.

Tortilla de guisantes.

Huevos y latas de guisantes, según el tamaño de la tortilla que sea necesario; dos dedos de leche, una lata de tomates o tomates naturales.

Los guisantes de lata suelen ser tiernos y frescos. Se hace una tortilla rellena de guisantes. Para que los huevos «estiren», conviene batirlos con un poco de leche. Luego se hace con tomates frescos, si se tienen, y si no con el puré de tomate, una salsa, que se vierte sobre la tortilla al momento de servir. Si se hace con la lata de tomate, es preciso, para que éste pierda su acidez, dejarlo hervir lentamente a fuego suave con una cebolla picada y un diente de ajo; añadir un polvo de azúcar.

Setas a la bordalesa.

Una o dos latas de setas (depende de la cantidad que se desee), aceite, sal, especias, ajo.

Se abren las latas, se escurren bien, y para terminar de quitarles la humedad se aprietan las setas ligeramente entre dos lienzos. Se hacen cocer unos diez minutos en aceite (debe estar ya caliente al ponerlas en él) con sal, pimienta, nuez moscada, un poco de pan rallado y ajo picado. Los pies de las setas se pueden picar también con el ajo y el pan rallado. Servir muy caliente.

Ensalada de arroz.

Arroz, atún o arenques, verduras, etc.

Este plato permite todas las variaciones. Su base es un resto de arroz de la vispera. Se abre una lata de arenques o de atún, se

corta en pedacitos el atún o los arenques, dos o tres tomates frescos cortados en lonchas, una lata de guisantes y huevos duros cortados también en pedacitos. Se revuelve bien todo y se sazona con el líquido de la lata de arenques o atún y un poco de aceite. Debe servirse frío. A este plato se le puede añadir o quitar cualquier cosa de éstas si no se tiene a mano. También puede hacerse con anchoas o cualquier otra conserva de pescado en aceite. Añadir aceitunas, etc. Puede ponerse vinagre, si se desea más fuerte.

Fondos de alcachofa.

Se pueden servir salteados con mantequilla, vertiendo sobre ellos aceite hirviendo con un ajo frito, rellenos de guisantes (de lata también) y aliñados con aceite y vinagre o salteados en mantequilla.

Otra idea para presentarlos, es más decorativa, es rellenarlos de una salsa Mirepoix. Para una caja de ocho corazones de alcachofas grandes, picad muy fino 100 gramos de setas, 150 de zanahorias, 100 de cebolla, 100 de jamón. Hacedlo cocer suavemente en una cacerola tapada, en 30 gramos de mantequilla; añadid una cucharada de besamel espesa y otra de caldo, jugo de carne o maggi. Rellenad luego con ello los fondos de alcachofas, salpicadlas de pan rallado, echad por encima mantequilla fundida, y en una fuente de horno untada de mantequilla metedlo en el horno y hacedlo dorar bien.

Tostadas con mermelada.

Un bote de mermelada, unas brioches, mantequilla.

Se pone el bote de mermelada en baño maría para templarlo. Se cortan las brioches, trenzas, suizos, etc., en rodajas y se hacen dorar de los dos lados, en mantequilla. Se colocan en un plato recubiertas en el centro de mermelada. Se les echa unas gotas de ron o de kirsch. Se pueden servir encendidas como un puding.

Naturalmente, estas recetas que damos y otras muchísimas que encontraréis vosotras solas, requieren la base corriente de lo que se necesita para guisar: sal, aceite, especias, ajo, cebolla, huevos, mantequilla, leche, etc.; pero qué tranquilidad os dará saber que en caso necesario podréis transformar fácilmente una comida muy sencilla en otra de más categoría, haciendo una tortilla de setas o de espárragos en vez de una de huevos, un plato de espárragos, de fondos de alcachofa, de guisantes, tendréis la posibilidad de poder preparar rápidamente unos macarrones, un puding de salmón, una ensalada rusa, un postre.

Y si queréis seguir mi consejo, esa regla de tener unas latas para caso de apuro la seguiréis no sólo en el campo, sino también en la ciudad, con la única diferencia de que no es preciso que tengáis más de una o dos de cada clase, siempre que os hagáis una regla de reponer al día siguiente la que hayáis empleado.

Además, compradlas poco a poco; sin daros cuenta haréis un fondo, que podéis ir aumentando poco a poco con alguna especialidad, y así, sin un gasto especial, estaréis siempre en disposición de quedar a la mayor altura.

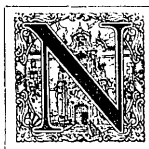
Para detalles y suscripciones dirigirse a las Delegaciones Provinciales de la Sección Femenina de cada provincia respectiva.



Giotto.—La confesión de San Francisco.

Angel de Bondone (Giotto)

POR ENRIQUE AZCOAGA



NUNCA pudo suponer el Giotto, cuando dibujaba con una piedra la ovejilla que censuró Cimabué, que se iba a recurrir a él constantemente, desde el paréntesis del arte moderno. Quien nació en Vespignana (Italia), en 1267, y falleció en Florencia, en 1336, iniciaba escultóricamente en pintura lo que, al hacerse con el postromanticismo demasiado blando, exigía una revisión. La forma plástica, la dicción poética, encontró en él a uno de los más fuertes espíritus. Giotto plantea la pintura con un vigor, con una plenitud, con una grandeza difíciles de superar. Y es por

eso por lo que, cuando los artistas contemporáneos han querido justificar, entre otras cosas, su «feísmo», se han acordado constantemente de quien aprendió con su descubridor a pintar y dibujar.

En Giotto comienza una expresión tectónica, viril, esencialmente trascendente, que cuando la pintura se embriaga y literaturiza a mediados del siglo XIX, no la reconoce. En su Tríptico de la iglesia de San Pedro, de Roma, lo mismo que en sus obras de Florencia, Pisa, o en los retratos de Dante, Corso Donati y Bruneto Latini, este artista supone un puente robustísimo entre

el bizantinismo y el Renacimiento auroral. La pintura va a descifrar la naturaleza y la vida con un entusiasmo y una grandeza sorprendentes. El arte, perdido en la subjetiva condición de

tarde todos hemos reconocido, como es natural. Angel de Bondone es un primitivo, pero un primitivo con gloria y aurora suficiente para servir de puente. Giotto supone en la historia de



Giotto.—Jesús escarnecido.

circunstanas primitivas, va a recibir el enaltecimiento de una luz inteligente durante el Renacimiento, para conducirse hasta las cimas que más

las artes esa concepción del mundo casi renacentista, levantada sobre un primitivo pedestal. En los manuales se encontrará esa graciosa ex-

presión de que, «a pesar de las durezas que se notan en sus composiciones», sus telas y frescos son extraordinarios. Como si la mejor condición de su tremenda obra no fuera la «salud primitiva» que la contrasta. Y como si lo que más valoramos actualmente en quien, como arquitecto, construyó el campanil de Santa María de Fiori, en Florencia, no fuese el «ceño» primitivo de todo su mundo particular.

Decir que la obra del Giotto es una obra «ceñuda» no es calificarla de tosca ni de superficial, aunque lo parezca. El arte de la composición y la vida remansada por el Giotto en sus telas y frescos se nos presenta hiriente, pujante, briosa, pero en su misteriosa fuerza y en el enterismo de su musculatura expresiva es donde encontramos su más alto valor. Giotto no miente formalmente las conquistas efectuadas, adobándolas con un tinglado expresivo impropio, sino que dice lo conquistado con una desnudez mayúscula. En el mundo particular de este artista, las cosas no son funcionalmente, en virtud de una retórica genial, pero al fin y al cabo auxiliar en arte, sino como si nacimiento y dicción formales se produjeran a la vez. Así, las fisonomías de sus criaturas impresionan con el vigor con que nos impresionan los acontecimientos. Y el tejido formal que representa a éstas y al mundo de sus composiciones, hablan de una grandeza especial.

La grandeza con el Renacimiento va a transirse de elegante finura, de un lirismo de la mejor clase. La grandeza de Angel de Bondone no cuenta con el alivio mínimo de un encanto, sino con la robustez descarada de todo lo esencial. En este sentido, los espectadores amantes de lo acaramelado, cuando los artistas modernos quieren para sus obras la honestidad grandiosa del Giotto, se agarran al clavo ardiendo del «feísmo», y rechazan frívolamente una obra en la que esto es lo que menos importa. Desde el momento que están un vigor impresionante, una grandeza desnuda, una fuerza sorprendente y un equilibrio sin complicaciones reclamando constantemente la más pura admiración.

El sentimiento religioso del Giotto no se plantea, por ejemplo, de una manera elemental y encantada, sino como resultado de una agitación, de un dramático entendimiento, de una entrega violentísima a los problemas que se propone. En las obras que Angel de Bondone toca esta clase de temas, lo alegórico, que casi siempre es pecado tremendo en esta clase de asuntos, desaparece en virtud de lo macizo del sentimiento y de la composición. Esta condición de intermediario que el Giotto supone entre lo primitivo y lo renacentista es lo que le lleva a entender la obra de arte de manera tan esencial y entera. Anticipar dentro de un primitivismo indudable el aura renacentista, no sólo es el valor supremo del discípulo de Cimabué, sino la base sobre la que su obra se levanta, con firmeza y seguridad. No puede darnos, por el tiempo en que vivió, sensación de calculista, entre otras cosas, por su condición primitiva. Pues bien; ninguna obra del Giotto se levanta impremeditadamente, inconscientemente, sin tener en cuenta la tremenda exigencia que determinó su quehacer plástico. Toda la labor de este supremo artista italiano entona como las leyes, admira como los hechos, cautiva como la seguridad. Y cuando el artista moderno vuelve su vista a ella, es cuando comprende lo poco primitivo que era en su tiempo este hombre entero, verdadero, robusto y cabal.

El arte, a base de ensayos, esto es lo que ha perdido: su equilibrio cabal y pleno. Cuando es bueno por lo expresivo, carece de base, y cuando se levanta por un gran aleteo del espíritu, no cuaja en redonda expresión. Necesita en la actualidad para continuar la tradición artística este equilibrio, esta correspondencia entre el fondo y la forma. Por eso, en vez de acudir a modelos del Renacimiento o postrenacentistas, ve en el Giotto, en el puente entre lo primitivo y lo más formal que grandioso, un modelo impresionante. Angel de Bondone no mixtifica formalmente la grandeza que evidencia, y en su obra, cuando es grandioso, cuando es trascendente, lo es de una manera directa y como elemental. Tenemos que

entender lo elemental como vigoroso, directo, virgen. Porque hay alguna diferencia entre ser un coloso a lo Miguel Angel y serlo con la naturalidad primitiva con que lo consiguió en sus creaciones Angel de Bondone.

El mundo expresivo naturalmente, que hasta el Giotto es chato, plano, se llena de dinamicidad y de dimensiones. La personalidad extraordinaria del hombre que ha hablado desde las paredes con una robustez y una claridad eternas, profundiza su mundo expresivo, lo cuaja de sentido espacial, por ejemplo, y sin renunciar nunca al primitivismo que le caracteriza, lo siente anticipadamente en su honda dimensión. El juego

del clarooscuro, por ejemplo, ya no es en Giotto una puerilidad o una torpeza, sino un hecho. Las formas no aparecen como hasta él, de manera inane y muerta, sino dinamizadas por el vigoroso encendimiento que debió abrasar a una criatura excepcional. Se puede, se puede en este puente extraordinario entre lo natural elemental y la grandiosidad legítima renacentista, hablar de mundo, de mundo pictórico cuajado de grandeza y de fuerza. Y ello es porque para Giotto pintar no era reducir a síntesis incompletas el milagro del mundo, sino responder con ese milagro característico, plenisimo, imponente de su pintura a la verdad viva y natural.



Giotto.—El Descendimiento.

HERMANDAD DE LA CIUDAD Y EL CAMPO



I Feria Nacional del Campo

POR MARÍA ESTREMEIRA DE CABEZAS



CON un éxito indescriptible ha tenido lugar esta magna demostración de la potencia y progreso obtenido en estos años difíciles, abrumadores por las más serias preocupaciones y las más absurdas carencias, por nuestras explotaciones ganaderas y agrícolas, gracias al denodado trabajo de los campesinos y la acertada dirección técnica de los organismos superiores.

En el amplio recinto de la Casa de Campo, que desde hace muchos años ocupa el Sindicato Vertical de Ganadería, se han construido más de ochenta edificios, muchos de ellos con verdadero rango de palacios, como los del Ministerio de Agricultura, la Dirección General de Colonización, la Escuela de Industrias Lácteas del Sindicato de Ganade-

ría, Industrias Cárnicas, pabellón para Maquinaria Agrícola y, al lado de ellos, forman una verdadera urbe, las bellísimas instalaciones donde todas y cada una de las provincias españolas muestran a la curiosidad, más bien al estudio y la meditación de los madrileños, cuanto en el orden de la producción de frutos y ganados tienen sus campos.

Complemento y demostración de estas instalaciones eran los amplios establos, corralizas, jaulones y jaulas, donde el público, tan numeroso como absorto, admiraba hermosos caballos de puras razas españolas o de acertados cruces de éstas con sangre árabe o inglesa, de bellas líneas y poderosos músculos; toros enormes, uno de ellos daba el peso de 1.300 kilos; vacas gigantescas de plétoricas ubres; cerdos de tamaño increí-

ble; ovejas y carneros de largo vellón, destacó en este género un lote de merinas que, conservando toda la pureza de su sangre y toda la finura de su lana, ha alcanzado una talla verdaderamente gigante; otros de raza karakul, encastada sobre ejemplares autóctonos que después de varias generaciones y acertados cruces ofrece unas pieles de astracán no ya iguales, acaso superiores en belleza y finura a las de la raza originaria; gallinas, patos, cisnes, conejos, pájaros y abejas, toda la enorme gama de producción ganadera, desde los rumiantes más grandes hasta los insectos diminutos, de los que el hombre obtiene alimentos o trabajo, se mostraba a la curiosidad de los visitantes.

Madrid ha sabido sentir íntimamente, profundamente, cuanto la Feria representó, y así, en verdaderas oleadas humanas, ha llenado el amplio parque desde el 27 de mayo al 18 de junio, mañana, tarde y noche, en concurrencia tal que algunos días excedió a los 200.000 visitantes.

Imposible hacer una crónica descriptiva; el catálogo de expositores es un volumen de 225 páginas de letra menuda y apretada; que-rría tan sólo poder llegar a interpretar con palabras el espíritu de mutua unión, de sincera fraternidad reinante en todo momento en el espacio del ferrial, pero tampoco esto me será alcanzable; para expresarlo en su justa medida y valor sería preciso, como aspiraba el poeta para su himno de amor, poder traducirlo en «palabras que fueran a un tiempo suspiros y risas, colores y notas». Así se podría escribir la verdadera crónica de la I Feria Nacional del Campo, que ella ha sido, en su concrección más íntima y pura, amor, amor entrañable entre los hombres de la ciudad y los del campo; los primeros admirando cuanto en el diario y duro laborar del pegujal se ha conseguido y plenamente logrado; los segundos, satisfechos, ufanos,

orgullosos de su triunfo y conmovidos al ver con cuánta sinceridad, con qué justicia era éste valorado y apreciado.

HERMANDAD DE LA CIUDAD Y EL CAMPO, título de servicio, consigna de esfuerzo y voluntad despierta que nos dió Pilar desde los primeros días, con su clara visión de la realidad española, con su inagotable amor y espíritu de sacrificio por todos los españoles. Hermandad, amor entrañable y puro. Cuando entre apiñados grupos recorría el ámbito del ferrial recordaba con intensa emoción aquellos días, lejanos pero no olvidados, en que en Burgos, en Salamanca, en la pequeña España redimiada, escribíamos órdenes bajo este epígrafe y hacíamos realidad sus letras saliendo muchachas ciudadanas de pulidas manos a recolectar la aceituna de los campos andaluces, dábamos enseñanzas de pequeñas industrias rurales, recogíamos y conseguíamos valorar en el mercado bellas labores de bordado o encajes tejidos en la soledad del campo, bajo la amplia campana de chimenea, mientras se rezaba una oración por el hijo combatiente.

El olvido, desconocimiento más bien, de cuanto el campo vale y representa en España, el absentismo de sus verdes paisajes o de sus pardas llanuras, no sólo de los acomodados terratenientes, sino también de los humildes que buscaban equivocadamente en las ciudades un jornal más alto, todo aquello que tanto destrozó nuestra Economía en los últimos años del pasado siglo y que llegó a engendrar odios y crímenes en los primeros de éste, aparece vencido, muerto, felizmente olvidado en la confraternidad reinante en la Feria del Campo.

En la pista han arrancado aplausos calurosos y gritos de entusiasmo salidos del fondo del corazón del público los soberbios ejemplares presentados: Un potro andaluz-árabe flor de romero, montado por un picador de

chaquetilla y cordobés, muestra su esbeltez y la finura de sus recios miembros en armónicos pasos de trote nadado, medio galope y galope tendido; la Yeguada Militar, entre otros asombrosos ejemplares, presenta seis alazanes claros enganchados en un pítex, que parten y cambian en cuatro metros cuadrados, para lanzarse luego a la carrera y quedar inmóviles, firmes como estatuas, ante la tribuna del Jurado, con sólo un inapreciable maneo de riendas y un chasquido de fusta del diestro cochero; una carretela, con cinco tordos a gran potencia, llenó también de admiración a quienes, esclavos del motor, van olvidando al caballo.

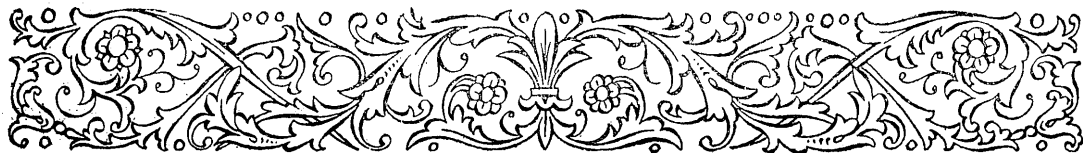
La compenetración ha sido más íntima cuando en las distintas instalaciones de provincias se admiraba la sencillez hogareña de una cocina campesina, donde real y efectivamente se condimentaba el sencillo, pero nutritivo y abundante yantar de los encargados de la instalación; cuando se veía el funcionamiento de un viejo telar manejado por las sutiles manos de una guapa chica con traje regional. Y no digamos nada del público entusiasmo al saborear las ensaimadas mallorquinas, diariamente traídas en avión a la feria; al admirar los rincones del cortijo extremeño; al paladear las deliciosas esencias del buen vino de la tierra en el originalísimo y soterrado recinto del Vino Español o en los lujosas stands de Andalucía, Aragón y Cataluña.

Del pabellón malagueño salían chicos y también mayores mordisqueando trozos de caña dúa: al mirarlos creímos estar en Motril. Las provincias vascas han montado una amplia instalación con sus mejores productos hortícolas y también con modelos reducidos de arados de vertedera, segadoras y otras maquinarias elaboradas con el hierro de su suelo, y presidiendo todo ello un gran cuadro alegórico y ornamental con la conmovedora leyenda: «Rama y flor, fruta y vida de la tierra vascongada para la prosperidad de España».

En el amplio stand de la Hermandad de la Ciudad y el Campo, de la Sección Femenina, siempre lleno de público admirativo, se mostraban maquetas de sus varias y magníficas instalaciones de enseñanzas rurales, fotografías, gráficos elocuentes de la labor realizada, destacando por su gracia y bella presentación la diminuta reproducción de la Cátedra Ambulante «Francisco Franco», del Departamento de Formación, que tantas enseñanzas y grandes beneficios positivos en orden a la educación y especialmente a la higiene infantil va repartiendo pródiga en sus continuas estancias en plazas pueblerinas.

En esta Feria hemos saboreado el fruto de tales siembras. Son metas alcanzadas, pero no finales; al frente, en el horizonte, Pilar nos marca otro hito. Llegaremos a él. ¡Arriba España!





CALENDARIO DEL APICULTOR

MES DE AGOSTO

En Andalucía, Levante y, en general, en casi todos los valles, es éste un mes de escasisíma, casi nula floración melífera, durante el cual el único cuidado del apicultor que no desplace sus colmenas ha de ser defender éstas de los fuertes calores, ya sea colocándolas bajo la sombra tupida de árboles, la mejor y más completa defensa, ya disponiendo sobre sus tapas sombreros de paja que eviten el ardiente contacto de los rayos solares. En estas circunstancias, las abejas, por su propio instinto, restringen la puesta hasta el punto de llegar en muchos casos a anularla, detalle que no suelen mencionar los tratados de apicultura y que, en mis comienzos, me causó no pocos sobresaltos y malos ratos, por suponer había quedado huérfana la caja donde no encontraba pollos.

Si se ha hecho la extracción en julio, no

es conveniente dejar los panales vacíos en el alza de la colmena, pues con facilidad son presa de la polilla; es mucho mejor retirarlos al almacén, pero a condición de azufrarlos a fondo no sólo al llevarlos, sino cada quince días, por lo menos, según las condiciones de defensa, cierre hermético y fresca temperatura que reúna dicho almacén.

No olvidar nunca que los panales bien labrados y vacíos son el verdadero tesoro del colmenar; todos los cuidados que con ellos se tengan son reproductivos.

En las sierras o localidades altas donde crecer el espliego y la ajedrea, es agosto el mes de la gran mielada; deben los colmeneros de tales parajes atender a que no falte espacio a sus abejas colocando a tiempo las alzas necesarias. Aun en tales sitios la cría se restringe bastante.





INDUSTRIAS RURALES

MES DE AGOSTO

CALENDARIO SERICICOLA

Encaja en el grupo de Ciudad Real, Toledo y Madrid

Celebración de un acto público, con asistencia de las Autoridades locales, en el que se haga entrega de los premios concedidos, siempre que las circunstancias lo aconsejen.

Atenciones culturales en los viveros.



Encaja en el grupo de Alicante, Almería, Baleares, Cádiz, Castellón, Córdoba, Murcia, Tenerife, Sevilla, Valencia, Badajoz, Cáceres, Granada, Jaén, Málaga, Albacete y Barcelona.

Mes para descanso, sin abandonar las atenciones de los viveros.

Encaja en el grupo de Avila, Gerona, Huesca, Lérida, Tarragona, Teruel y Zaragoza.

Confección de una Memoria detallada de la campaña sedera, proponiendo la concesión de premios a las Escuelas y a las pequeñas que más se hayan distinguido por su trabajo y resultado de las crianzas que se les haya encomendado, y a los particulares que lo merezcan. Si los resultados fuesen satisfactorios, darles la mayor publicidad utilizando la Prensa y Radio locales.

Atenciones culturales a los viveros.

CALENDARIO CUNICOLA

Se dejarán en reposo absoluto los reproductores.

Los gazapos serán objeto de una mayor aten-



ción, poniendo en jaulas individuales a todos los que tengan más de tres meses y cuidando de que

en las gazaperas no haya aglomeración. Recordaremos siempre que el calor es un enemigo mortal de estos animales, y es conveniente aliviarles de él cuanto sea posible.

No debe faltarles agua.

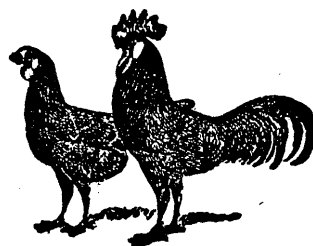
Se venderán los animales que no interesen para la producción.

Empieza la muda, lo que tenemos en cuenta para suministrarles alimentos grasos.

CALENDARIO AVICOLA

La puesta continúa decreciendo; las gallinas viejas dejan de poner a consecuencia de la muda, pero las pollitas nacidas de enero a marzo

comienzan la puesta y dan huevos hasta la entrada del invierno.



Abundan mucho las cluecas, que aprovecharemos si queremos disponer de pollería tierna en invierno.

Alimentación: Para favorecer la muda añadiremos a las raciones un puñado de harina de linaza.





El tamaño de los animales

POR EMILIO ANADÓN



*Las variaciones de tamaño de los animales, comparando los de las distintas especies, es enorme. Así en longitudes, la relación entre las de los menores animalillos microscópicos, unicelulares, con las de los mayores conocidos, Gigantosauros —reptil extinguido— o ballenas, es del orden de las decenas de millón. Y la relación entre los pesos del mayor al menor, del orden de 10.000 trillones de veces. Naturalmente, la organización de animales de tan distinto tamaño no puede ser la misma, por lo que las grandes variaciones de tamaño se manifiestan también por distinto plan de organización. Pero es que también dentro de un mismo plan de organización las diferencias de tamaño son considerables: pensemos en una musaraña o ratón con relación a una ballena, en una lagartija en relación con un *Diplodocus* de 22 metros de longitud, en una avispa parásita de menos de medio milímetro y un escarabajo hércules de 10 centímetros, o una libélula del período Carbonífero de 60 centímetros de envergadura.*

Pero si contamos el número de especies de cada tamaño en total y dentro de cada grupo, nos encontramos con que las especies muy pequeñas son escasas, lo mismo que las muy grandes, predominando siempre las especies relativamente pequeñas sobre las otras. La escasez de los tamaños extremos se explica sencillamente, puesto que en ellas se tienen que resolver problemas de organización, resistencia, etc., que no se presentan en los tamaños medios.

Pero el predominio de los animales pequeños, tanto en especies como también en número de individuos, tiene otras explicaciones. Los seres vivos tratan, por la misma índole de la vida, de multiplicarse y aumentar la cantidad de materia viva perteneciente a la especie. La «especie», un ser abstracto, al parecer, se comporta como un ente realmente existente que aspira a la conquista del mundo y del espacio, aumentando su masa todo lo que le permiten las restantes especies que con ella conviven, así como el espacio de que dispone y la cantidad de alimentos. Y este aumento de masa puede hacerse por dos procedimientos distintos: por aumento de la masa

de sus individuos. es decir. de su tamaño. o por aumento exclusivo de su número. incluso disminuyendo su tamaño.

Los dos procedimientos tienen sus ventajas y sus inconvenientes. Así, al aumentar la masa, suele aumentar también la resistencia vital del animal, pudiendo hacer frente a sus enemigos grandes con más eficacia y resistiendo los ataques de los pequeños con mayor facilidad. También resisten más tiempo el hambre y las condiciones desfavorables del medio, aumentando además la longevidad de la especie. Pero, en cambio, multiplicándose activamente y muriendo también en grandes cantidades, pueden los animales pequeños encontrar la comida con más facilidad y sobrevivir algunos de ellos en condiciones adversas, siempre en número suficiente para aumentar, cuando éstas cesan, el número de individuos con gran rapidez. Mueren individualmente con mucha más facilidad por lo tanto, pero están en disposición de aprovechar hasta las mínimas cantidades de alimento y de escapar de la muerte algunos de ellos en cualquier rincón favorable. En cambio, los animales grandes necesitan para su nutrición gran cantidad de alimentos concentrados en un espacio restringido para poder ser tomados. Por ello, si las condiciones adversas duran cierto tiempo, no encuentran con facilidad rincones o lugares favorables para conservar su vida, muriendo irremisiblemente, encontrándose por ello en desventaja.

Esto hace que se extingan con más facilidad las especies grandes que las pequeñas, y así vemos que, a través de la historia de la tierra, los animales de gran tamaño han sido relativamente escasos en relación con los de pequeño y en general han vivido menos tiempo.

Aparte de esta explicación, que indudablemente es exacta, se pueden buscar otras que la complementan. Por ejemplo, comparando la organización de los animales en las cuestiones que pudiéramos llamar técnicas, como las que se suscitan en Arquitectura o Ingeniería. Así, el aumento de tamaño de un animal implica en pri-

mer lugar un problema de resistencia de su arquitectura, que en un momento puede llegar a hacerse insoluble con los elementos o materiales de que dispone la vida. Supongamos, por ejemplo, un ratón que lo vamos aumentando de tamaño, pero conservando sus proporciones, aumentando, por lo tanto, «a escala». Cuando su longitud se duplique, el peso se octuplicará y la sección de sus patas sólo se cuadruplicará, lo que quiere decir que el peso aumenta mucho más rápidamente que la sección de los materiales que resisten el peso, por lo que llegará un momento que aun reforzándose todo lo posible sus extremidades, su peso las rompería.

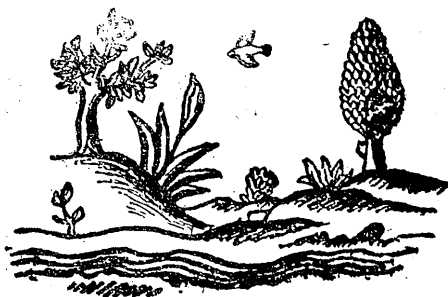
El límite en los animales terrestres, según muchos autores, se alcanzó con los reptiles terrestres de la Era Secundaria, Gigantosauros y Brontosauros, que llegaron a alcanzar casi los 40 metros de longitud y 70 toneladas de peso. Tanto es así, que muchos paleontólogos creen que eran animales que no vivían en tierra, sino en lagunas, pantanos o mares, aligerando así su peso al estar sumergidos o semisumergidos. Mayor peso alcanzan las ballenas actuales, que, según algunos naturalistas, llegan a las 150 toneladas de peso, facilitando el vivir en el agua los problemas de su arquitectura. Es decir, para ver esta influencia con facilidad no hay más que pensar en el enorme peso de los barcos, de miles de toneladas, que no pueden ser igualados, ni remotamente, con vehículos terrestres.

Otras veces lo que limita el tamaño es el tipo de organización. Así, en el caso de los insectos en los que la respiración se hace por tráqueas, sistema de tubos por los que circula el aire por simple difusión en su mayor parte, lo que impide el crecimiento de ellos hasta tamaños grandes. En efecto, mientras las necesidades de oxígeno se octuplican al aumentar su longitud al doble, aunque las tráqueas aumentaran en proporción, no llegaría a cuatro veces el aumento del oxígeno suministrado. Por eso podemos afirmar que, a menos que su sistema respiratorio se modifique, cosa difícil, pues los planes de organi-

zación son muy fijos, no podrá llegar jamás un insecto al tamaño de un gato.

Todos estos problemas técnicos se resuelven con mucha mayor facilidad en los animales pe-

queños, lo que simplifica su organización y permite el aumento del número de sus especies con mucha mayor facilidad, otra de las razones de que éstas abundan más.



ORDENES MINISTERIALES

DECRETO de dieciséis de junio de mil novecientos cincuenta por el que se aclara el alcance de los artículos ciento setenta y seis y ciento setenta y siete del vigente Estatuto del Magisterio Nacional Primario. (B. O. del Estado de 18 de julio de 1950.)

El Estatuto del Magisterio Nacional Primario, aprobado por Decreto de veinticuatro de octubre de mil novecientos cuarenta y siete, dispone, en su artículo ciento setenta y seis, que todos los Maestros que desempeñen Escuela Nacional disfrutarán para ellos y sus familias, en la misma localidad en que radiquen sus destinos, de vivienda decorosa y capaz, que les será proporcionada por los respectivos Ayuntamientos; y el artículo ciento setenta y siete establece que cuando no exista número suficiente de edificios adecuados para residencia de todos los Maestros de la localidad, propiedad del Estado o del Municipio, los Ayuntamientos deberán arrendar por su iniciativa las casas necesarias para completar

el alojamiento, con cargo exclusivo a los presupuestos municipales, pudiendo los Maestros optar, en este caso, entre la vivienda arrendada por el Ayuntamiento o el percibo de una cantidad en metálico equivalente al tipo medio del precio de los arriendos en la localidad, que harán efectiva los propios Ayuntamientos.

En su segundo párrafo, el citado artículo ciento setenta y siete dice: «Esta indemnización, como concedida en vez de la casa-habitación a que está obligado el Ayuntamiento, no puede ser considerada como bonificación ni gratificación acumulable en el orden tributario».

De lo consignado en este segundo párrafo del artículo ciento setenta y siete, que se acaba de

transcribir, se han derivado dificultades para la exacción del gravamen por tributar en la Ley reguladora de la contribución sobre las cantidades que los Maestros perciben por casa-habitación, por enterarse que dichas cantidades gozan de exención, en virtud de lo dispuesto en el párrafo repetido.

Tal interpretación es errónea, puesto que nunca pudo ser éste el propósito, ya que, establecida la obligación de tributar en la Ley reguladora de la contribución sobre las utilidades de la riqueza mobiliaria, para declarar una exención hubiera sido preciso dictar otra Ley de orden fiscal.

De los términos en que están redactados los artículos ciento setenta y seis y ciento setenta y siete del Estatuto del Magisterio, se aprecia claramente que su alcance no es otro que declarar la obligación que recae sobre los Ayuntamientos de facilitar a los Maestros casa decente y capaz para ellos y sus familias, y en su defecto, las cantidades precisas para el arriendo de viviendas, sin que por este concepto pueda derivarse para los Maestros responsabilidad tributaria alguna.

Esta es la razón que justifica el párrafo segundo del artículo ciento setenta y siete, que determina no la exención, pero sí el que las cantidades percibidas por casa-habitación que de-

ben abonar los Ayuntamientos, libres de toda carga fiscal, no sean acumulables a efectos tributarios a los demás emolumentos que los Maestros perciben con cargo a los presupuestos del Estado.

En virtud de lo expuesto, y como aclaración a los preceptos de los artículos antes citados del Estatuto del Magisterio Nacional Primario, a propuesta del Ministerio de Educación Nacional y previa deliberación del Consejo de Ministros,

DISPONGO:

Artículo único. Los Ayuntamientos vienen obligados a facilitar a los Maestros Nacionales de la localidad casa-habitación suficiente y capaz para ellos y sus familias, o la indemnización equivalente, libre de toda carga fiscal, recayendo, por tanto, sobre ellos la obligación de pagar los impuestos que por este concepto pudieran exigirse.

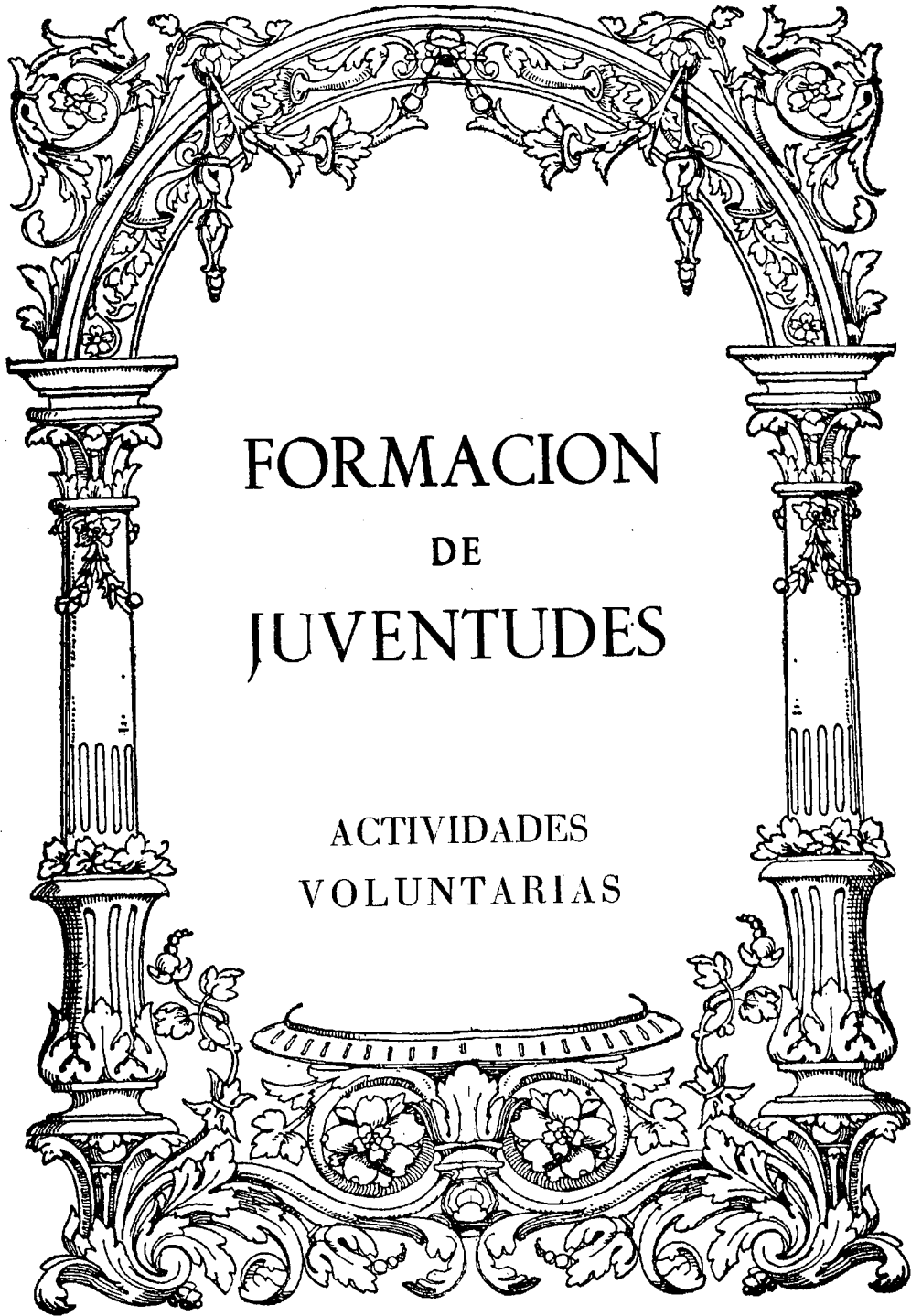
Así lo dispongo por el presente Decreto, dado en Madrid, a dieciséis de junio de mil novecientos cincuenta.

FRANCISCO FRANCO

El Ministro de Educación Nacional,

JOSE IBAÑEZ MARTIN





FORMACION
DE
JUVENTUDES

ACTIVIDADES
VOLUNTARIAS



PROGRAMA DE MUSICA

AVE MARIA

(Margaritas, Flechas y Flechas Azules.)

(Gregoriano.)

ci-ve Ma-ri-a gra-ti-a ple-na, Do-mi-nus-te-cum, be-ne-di-
 cta tu in mu-li-é-ri-bus, et be-ne-di-ctus fructus ven-tris tui, Je-
 sus. San-cta Ma-ri-a, Ma-ter De-i, o-ra pro no-bis pec-ca-tó-
 ri-bus, nunc et in ho-ra mor-tis no-strae. A-men

TRADUCCION

Ave María, — grátia plena,
 Dóminus tecum,
 benedícta in muliéribus,
 et benedíctus fructus ventris tui, Jesús.
 Sancta María, Mater Dei,
 ora pro nobis peccatóribus,
 nunc et in hora mortis nostrae.

Amen.

Dios te salve, María,
 llena eres de gracia;
 el Señor es contigo:
 bendita tú eres entre todas las mujeres,
 y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.
 Santa María, Madre de Dios,
 ruega por nosotros pecadores,
 ahora y en la hora de nuestra muerte. Así sea.

ARBOLITO, ARBOLITO

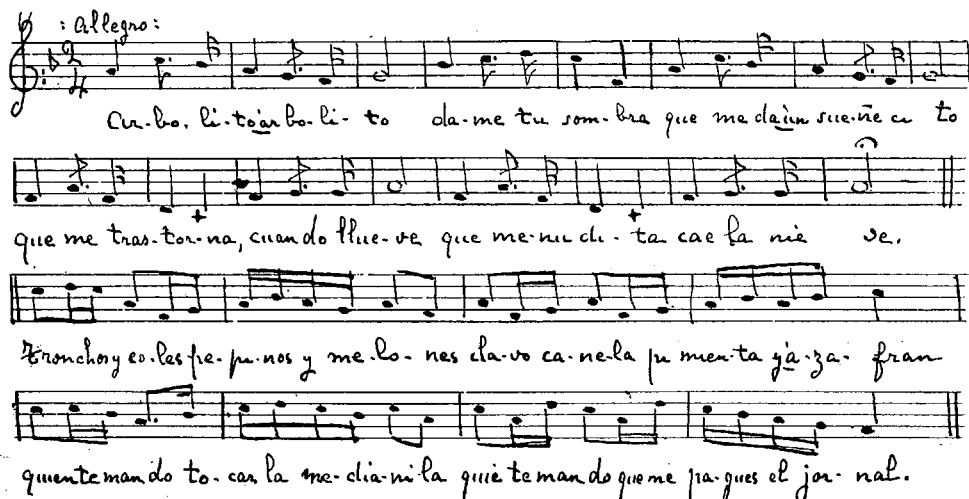
(Margaritas.)

(Logroño.)

No tiene ninguna dificultad esta melodía, de suma sencillez. Precisamente esa sencillez es la que debe conservar al ser interpretada. Téngase en cuenta —y hágase destacar— la diferencia

que existe entre la primera y la segunda parte; aquélla, tranquila y reposada; ésta, movida y con cierto gracejo en el texto y garbo en el ritmo.

Allegro:



Ar-bol-i-to, ar-bol-i-to da-me tu som-bra que me da un sue-ñe-co to
que me tras-tor-na, cuando llue-ve que me-nu-di-ta cae la nie-ve.
Tronchos y co-les pe-pi-nos y me-lo-nes cla-vo ca-nela pi-mien-ta já-za-fran
quente man-do to-car la me-dia-ni-la quié-te man-do que me pa-gues el jor-nal.

I

Arbolito, arbolito,
dame tu sombra,
que me da un sueñeco
que me trastorna.
Cuando llueve,
qué menudita
cae la nieve.
Tronchos y coles,

pepinos y melones,
clavo, canela, pimienta y azafrán,
quién te mandó tocar la medianila,
quién te mandó que me pagues el jornal.

II

A tu sombra, arbolito,
dormir quisiera,
para soñar que siempre
es primavera.

LA PLOMA DE PERDIU

(Margaritas.)

(Cataluña.)

Esta deliciosa melodía, en forma de romancillo, obtendrá una adecuada interpretación si las instructoras se compenetran de la ingenua y encantadora belleza poética y musical que encie-

rra y la saben transmitir a las cantoras. Precisa para ello que la dicción de las palabras sea clara y que haya una diferenciación definida entre el texto narrativo y los estribillos onomatopéyi-

con intercalados, que tanta gracia le prestan. Toda ella debe ser cantada con naturalidad, alegremente, pero con una alegría clara, sin la me-

nor afectación; con una alegría infantil, guardando el ritmo uniforme, pero no mecánico como un metrónomo, sino con flexibilidad.

Si n'hi ha bi-an tres ni-ne-tas, Lumber bi-gu di, bi-gu-don don-de-ta Lumber bi-gu di, bi-gu-de-ta don'quet-tas tres bro-da van-se-da, Lumber bi-gu di, lumber bi-gu-don, Lumber bi-gu di bi-gu-de-ta

Si n'hi habian tres ninetas

Lumber bigudi,
bigudon dondeta.

Lumber bigudi,
bigudeta don.

Que totas tres brodaban seda,

Lumber bigudi,
lumber bigudon.

Lumber bigudi,
bigudeta don.

La una groga, l'altre verda,

Lumber bigudi,
bigudon dondeta, etc.

Y l'altre n'era vermelleta,

Lumber bigudi,
lumber bigudon, etc.

Lo fill del rey s'hi passejava,

ja'ls en demana un bri de seda.

—¿Qué'n voléu fer del bri de seda?

—Lo vull, pera una llassadeta.

—¿Perque'n voléu la llassadeta?

—Pera agafá una perdiuheta.

—¿Perqué voléu la perdiuheta?

—Pera arrancarli una plometa.

—¿Qué'n voléu fer de la plometa?

—Hi vull escriure una carteta.

—¿Que'n voléu fer de la carteta?

—Vull enviarla á la nineta.

—¿Que'n voléu fer de la nineta?

—Li vull doná una floreta.

TRADUCCION

Había tres niñas,

las tres bordaban seda.

La una, amarilla; la otra, verde;

la otra, encarnadita.

El hijo del rey se paseaba

y les pidió una hebra.

—¿Qué queréis hacer de la hebra?

—La quiero para un lacito.

—¿Para qué queréis el lacito?

—Para coger una perdiz.

—¿Qué queréis hacer de la perdiz?

—Quiero arrancarle una plumita.

—¿Qué queréis hacer de la plumita?

—Quiero escribir una cartita.

—¿Qué queréis hacer de la cartita?

—La quiero enviar a mi niña.

—¿Qué queréis hacer a vuestra niña?

—La quiero dar una florecita.

LA GITANITA

(Flechas y Flechas Azules.)

(Extremadura.)

La principal característica de esta cancioncilla extremeña es su *rusticidad*, no exenta de delicada poesía. Será preciso que, al ser cantada, no pierda esa característica *montaraz*.

Cuiden las Instructoras de asimilarse ese sentido eminentemente marcado y procuren transmitirlo a las cantoras, con lo cual esta canción

podrá conservar su verdadero *carácter* al ser interpretada.

Los mordentes dobles de algunos compases deben marcarse sin exageración, pues son los que ayudan a hacer más rústica la melodía. No se pierda nunca el sentido poético que en su rusticidad encierra y que le da tanto encanto.

Allegro:

U. na gi ta. ni. ta ma. dre ha can. ta do en es. te si. tio al ri. o ba. ja. u. na tar. de, por dar. le a su pe. na a li. vio. San. ta. di. ta en la flor de na. car. Su a. mor le ri. ñe, y e. lla le ha. bla. Al hon. don que me lle. va el a. gua. Al hon. don que me lle. va el ri. o, ¡Ay! a. mor que me voy con. ti. go. ¡Ay! a. mor que me voy con. ti. go.

Una gitanita, madre,
ha cantado en este sitio,
y al río bajó una tarde
por darle a su pena alivio,
sentadita en la flor de nácar,
su amor le riñe, y ella le habla.

Al hondón, que me lleva el agua,
y al hondón que me lleva el río.
¡Ay!, amor, que me voy contigo,
¡ay!, amor, que me voy contigo.

MARICHU, MARICHU

(Flechas y Flechas Azules.)

(Vasconia.)

He aquí una canción marcadamente humorística, con un humorismo infantil, festivo y sin

malicia, que por su facilidad melódica y rítmica puede ser la que se haga más popular entre

las cantoras, y que, por su aire, puede hasta servir para hacer más agradables las marchas colectivas.

Cántese con gracejo y desenfado, y el resultado interpretativo será el que justamente requiere.

Allegro

Ma-ri chu, Ma-ri chu ma las ma-ñas, ma las ma-ñas, Ma-ri chu, Ma-ri chu, ma las ma-ñas tie-nes tii Llena la ta-za de buen cho-co-la-te, por las ma-ña-nas, te vi to-mar, ven gaíntra gaito que moje el gaznate y unos filetes al merendar. Ma-ri chu, Ma-ri chu, ma-las ma-ñas, ma-las ma-ñas, Ma-ri chu, Ma-ri chu, ma las ma-ñas tie-nes tii - Canta un chimbo allá en el jaro que él pen-sa-ba ya en ca-sar; co-mo el pan es ta tan ca-ro, más le vale aún es-pear. y has-ta oto-ño sin am-para no sol-te-ru to va a que dar Ma-ri chu, Ma-ri chu, ma las ma-ñas ma-las ma-ñas, Ma-ri chu, Ma-ri chu, ma-las ma-ñas tie-nes tii

Marichu, Marichú,
malas mañas, malas mañas,
Marichu, Marichú,
malas mañas tienes tú.

Llena la taza de buen chocolate,
por las mañanas te vi tomar,
venga un traguito, que moje el gaznate,
y unos filetes al merendar.

Marichu, Marichú,

malas mañas, malas mañas,
Marichu, Marichú,
malas mañas tienes tú.

Canta un chimbo allá en el jaro
que él pensaba ya en casar,
como el pan está tan caro,
más le vale aún esperar,
y hasta otoño sin amparo
solterito va a quedar.

Marichu, Marichú,
malas mañas, malas mañas,
Marichu, Marichú,
malas mañas tienes tú.

Vas de tertulia, y al día siguiente
sientes pereza de levantar,
dejas que en casa trajine la gente,
tú mejor vives sin trabajar.

Marichu, Marichú,
malas mañas, malas mañas,

Marichu, Marichú,
malas mañas tienes tú.

No te vayas de parranda
por las noches a charlar;
un fantasma dicen que anda
por las casas a indagar;
quién es, una que desmanda
con sus chismes el lugar.

Marichu, Marichú,
malas mañas, malas mañas,
Marichu, Marichú,
malas mañas tienes tú.





POR CAROLA SOLER

(La escena representa el taller de carpintería de SAN JOSÉ, al fondo. Basta poner un banco de carpintero, un cepillo sobre el banco, unas maderas por el suelo y muchas virutas. A la derecha, la casa del NIÑO POBRE, con una mesa coja y un colchón en el suelo, y a la izquierda, la herrería, con un yunque, unos martillos y un fuego hecho de palos en el suelo. Estas dos decoraciones laterales estarán más adelantadas que la carpintería. El telón está corrido y se oye dentro una canción cantada por cinco o seis voces.)

CORO.

San José era carpintero,
carpintero,

y la Virgen lavandera,
lavandera.

El Niño bajó del cielo
En una noche lunera.

San José era carpintero,
carpintero.

(Se descorre el telón mientras canta el CORO. El NIÑO JESÚS, que será una Margarita de seis años escasos, está trabajando en el taller. Con el cepillo saca virutas de una tablita que tiene puesta encima de un laburete pequeño. Lleva una túnica blanca a media pierna y trabaja con verdadero ahínco. A su alrededor hay un gran montón de virutas. El NIÑO POBRE está sentado sobre el pobre colchón de su casa. Su túnica está sucisima y

rota, tiene un aire apurado. Mira de vez en cuando hacia la carpintería, hace intención de levantarse y vuelve a caer en su asiento, haciendo gestos de negación con la cabeza.)

NIÑO POBRE.

El señor José
sí que me daría,
y muchas, virutas
como cada día.
Pero Jesús Niño
de mí burlaría,
como hacen los niños
puestos en la esquina.
Me llaman mendigo
de la Samaría
y me tiran piedras
por ver si me herían.

Voz. (Dentro.)

¿No vas, hijo mío,
a ver a María?
Pide las virutas;
haré la comida.

NIÑO POBRE.

Ahora mismo iré,
vuelvo en seguidita.

(El pobrecito se levanta corriendo, pero se va muy despacito, mirándose la túnica rota y apretándose la contra el cuerpo para tapar los rotos. Llega a la carpintería y se detiene angustiado. El NIÑO JESÚS levanta la cabeza y le sonríe dulcemente.)

NIÑO JESÚS.

¿Quieres algo, niño?
Mi padre salió,
mi madre fué al río,
aquí solo estoy.

¿Quieres algo, niño,
que te diera yo?

(El pobrecito se adelanta, ammodo por la dulzura del tono.)

NIÑO POBRE.

Todas las mañanas
tu padre me da
virutas, que llevo
en mi delantal.
Con ellas mi madre
pone a calentar
unas sopas de ajo
que hemos de almorzar.

NIÑO JESÚS.

Y luego, ¿qué comes?

NIÑO POBRE.

Ya no como más.

NIÑO JESÚS.

Y luego, ¿qué cenas?

NIÑO POBRE.

No sé qué es cenar.

NIÑO JESÚS.

¿Y no tomas nada
para merendar?

NIÑO POBRE.

No sé qué es merienda.

NIÑO JESÚS.

Chocolate y pan.

NIÑO POBRE.

De pan son mis sopas,
de agua, de ajo y sal.

(El NIÑO JESÚS *coge una brazada de virutas.*)

NIÑO JESÚS.

Toma mis virutas.
Pon tu delantal.
Lo llenaré todo
hasta reventar,
y para que tengas
mucha cantidad,
con unas tijeras
las voy a cortar.

(Al lado del banco del carpintero hay un cesto de labor de la VIRGEN, y allí busca el NIÑO JESÚS unas tijeras muy afiladas, y va cortando en pedacitos menudos las virutas.)

NIÑO POBRE.

Gracias, Jesusito;
yo me marchó ya.
¿Quieres venir luego
conmigo a jugar?
Haremos la hoguera
del señor San Juan.

NIÑO JESÚS.

Hasta luego entonces,
voy a trabajar.
Haremos la hoguera
del señor San Juan.

(El NIÑO JESÚS *vuelve a su trabajo, y el pobrecito corre a su casa. Entra un poco por lateral y grita.*)

NIÑO POBRE.

Ya traigo virutas.
¡Vamos a almorzar!

(Sale su MADRE con él, y al saltar el delantal caen muchas monedas de oro en lugar de virutas.)

MADRE POBRE.

¿Qué traes, hijo mío,
en tu delantal?
¿Dónde las cogiste?
¿Has ido a robar?

NIÑO POBRE.

Estaba Jesús haciendo virutas
finas como el lino,
rubias como el oro;
me llenó el vestido
de virutas de oro
y me dijo luego:
«Volveré a jugar».
Las virutas rubias
se hicieron pesadas
y se convirtieron
en onzas doradas
en los agujeros
de mi delantal.
El Niño Jesús
me ha dado un tesoro:
de virutas rubias
ha hecho onzas de oro.
Este es el regalo
del señor San Juan.

MADRE POBRE.

¡Vecinos, vecinas,
mirad el milagro!
¡Desecho de pino
en oro trocado!
Que trajo mi niño
en su delantal

(Salen por el lado de la herrería algunas mujeres y el HERRERO y su hijo. El niño del HERRERO está completamente calvo, es de-

cir, que llevará una peluca sin un solo pelo, pero cubriendo la cabeza de la Margarita, que será rubia y con el pelo rizado y rubio. Este niño se tapa siempre la cabeza con las dos manos para que no se rían de él.)

HERRERO.

¿Qué gritos son éstos,
vecina Raquel?

MADRE POBRE.

¡Ha hecho un milagro!

VECINA 1.^a

¿El señor José?

VECINA 2.^a

¿El buen carpintero?

VECINA 3.^a

¿La buena María?

NIÑO POBRE.

¡El Niño Jesús,
buena doña Lía!
En estas monedas
virutas volvía.

HERRERO.

¿Y tú lo has creído,
vecina Raquel?
El niño ha robado.

NIÑO POBRE.

¡Yo nunca robé!

MADRE POBRE.

Mi hijo no roba,
mi señor herrero.

¡Ha sido un milagro,
bien puede creerlo!

(El NIÑO del HERRERO se acerca al NIÑO POBRE y empareja con él. Mira las monedas mucho tiempo.)

NIÑO DEL HERRERO.

¿Te dió las virutas
el Niño Jesús?

NIÑO POBRE.

Me dió las virutas.

NIÑO DEL HERRERO.

¿Qué le diste tú?

NIÑO POBRE.

Yo no le di nada,
y las convertí
en estas monedas.

NIÑO DEL HERRERO.

Si le pido yo
algunas virutas
él me las dará.

NIÑO POBRE.

Te dará virutas
para rellenar
todo entero, todo,
un gran delantal.

HERRERO.

Yo no creo nada,
ni lo creeré
hasta que no vea
cómo lo ha de hacer.

VECINA 1.^a

Algunas virutas
yo le pediría
por ver si el milagro
él lo repetí

HERRERO.

Yo voy a pedirle
algún puñadito,
y luego veremos
si mintió el niñoito.

Y el HERRERO se acerca muy decidido a la carpintería. El grupo queda a un lado; expectante. El NIÑO JESÚS levanta la cabeza y sonríe, porque el NIÑO del HERRERO viene detrás de su padre.)

HERRERO.

¿Quieres darme virutas,
Niño Jesús?

NIÑO JESÚS.

Coge las que tú quieras.

HERRERO.

Dámelas tú.

(El NIÑO JESÚS le llena de virutas el delantal de cuero. El HERRERO no se marcha.)

NIÑO JESÚS.

¿Quieres alguna cosa?

HERRERO.

¿Puedes cortar
las virutas encima
del delantal?

(El NIÑO JESÚS dice que sí con la cabeza,

busca las tijeras y corta en trozos menudos las virutas del HERRERO.)

NIÑO JESÚS

Ya te las he cortado,
te puedes ir.

(El HERRERO se marcha muy de prisa y va hacia el grupo, en el centro del cual suelta su carga, que es, naturalmente, una montaña de virutas. Durante esta escena muda, el NIÑO JESÚS habla con el NIÑO del HERRERO.)

¿Quieres alguna cosa,
dímelo a mí?

NIÑO DEL HERRERO.

¿Me das unas virutas
para encender
la hoguera de esta noche?

NIÑO JESÚS.

¿Tienes con qué?

NIÑO DEL HERRERO.

Me dió un banco mi padre
y hay una silla
con las patas quebradas
y sin rejilla.

NIÑO JESÚS.

¿Y dónde harás la hoguera
para San Juan?

NIÑO DEL HERRERO.

En el patio de casa.

NIÑO JESÚS.

¿Con quién la harás?

NIÑO DEL HERRERO.

La tengo que hacer solo,
porque los chicos,
como no tengo pelo,
se ríen a gritos,
me tiran piedras
y me dicen a voces:
«¡¡Melón de cuelga!!»
Yo a veces lloro
y les perdono,
porque sé que estoy feo
con este *coco*.

(El NIÑO JESÚS empieza a tirarle virutas,
como se hace con el agua en el mar cuando
se baña.)

NIÑO JESÚS.

Toma mis virutas,
pero no las pierdas ;
te caen por el traje
y por la cabeza.
¡Toma mis virutas,
pero no las pierdas!

(Se ponen a jugar con las virutas y ríen
los dos, como dos niños que son. El NIÑO
JESÚS coge un puñado grande de virutas y
se las echa por la cabeza del NIÑO DEL HERRERO
y se las restriega sobre ella. De este modo
le arranca la peluca, y aparece el pelo rizado
y rubio del niño. Este se lleva las manos
a la cabeza, riendo, y al tocar el pelo se
queda muy serio.)

NIÑO DEL HERRERO.

¡Niño Jesús!

NIÑO JESÚS.

Niñito del herrero,
vete a tu casa,
a jugar con los niños
junto a la plaza.

Haz una hoguera grande,
porque es San Juan.
De ti los niños malos
no reirán.

(En este momento el HERRERO se está
riendo del NIÑO POBRE y de su MADRE.)

HERRERO.

Y no digas, vecina,
que el Niño es santo,
porque no hubo milagro.

VECINA 1.^a

¿Qué hizo el muchacho?

(Llega corriendo el NIÑO DEL HERRERO,
sin voz, señalando con sus manos su cabeza
rizada.)

NIÑO DEL HERRERO.

Ya tengo pelo, padre,
pelo rizado ;
Jesús, el carpintero,
me lo ha donado
de sus virutas.

HERRERO.

¿Jesús, el carpintero,
te lo ha donado?

(El HERRERO se queda como herido por el
rayo. Se vuelve de repente y se acerca a la
carpintería. En la puerta se detiene y avanza
luego con timidez. El NIÑO JESÚS, que ha
vuelto a su trabajo, levanta la cabeza y le
sonríe.)

NIÑO JESÚS.

Era preciso, herrero ;
Yo doy lo que hace falta :

dinero, al niño pobre ;
a tu niño, cabellos,
y a tu corazón frío,
la fe, que es lo más bello.

HERRERO.

¡ Señor mío y Dios mío !
Mi corazón te adora

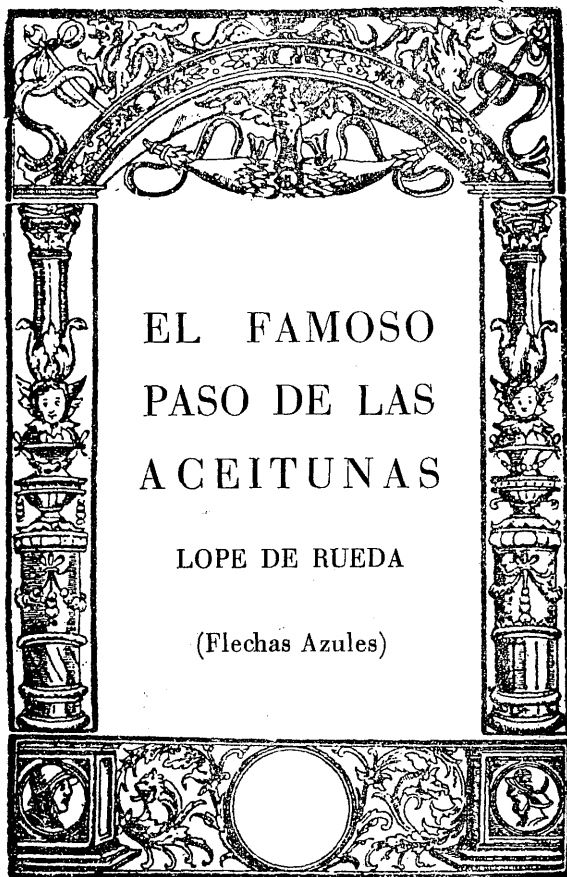
y gracias infinitas
te dará a todas horas.

TODOS.

¡ Hosanna, hosanna
al Hijo de David !

*(Y cae el telón, mientras todas se arradi-
llan.)*





EL FAMOSO
PASO DE LAS
ACEITUNAS

LOPE DE RUEDA

(Flechas Azules)

PERSONAJES

TORUVIO, simple, viejo.

MENCIGÜELA, su hija.

AGUEDA DE TORUÉGANO, su mujer.

ALOXÁ, vecino.

(A telón corrido entra TORUVIO, sacudiéndose como si estuviera muy mojado.)

TORUVIO.

Válgame Dios, y qué tempestad ha hecho desde el requebrajo del monte acá, que no parecía sino que el cielo se quería hundir y

las nubes venir abajo. *(Al público.)* Pues decidme ahora, ¿qué me tendrá aparejado de comer la señora de mi mujer? ¡Oíslo! ¡Mochacha Mencigüela! Si todos duermen en Zamora. ¡Agueda de Toruégano! ¡Oíslo!

(Para llamar se vuelve de cara a las corti-

nas, como si fuesen la puerta de la casa. Sale MENCIGÜELA por medio de ellas.)

MENCIGÜELA.

¡Jesús, padre! ¿Y habéisnos de quebrar las puertas?

TORUVIO.

¡Mirá qué pico, mirá qué pico! ¿Y dónde está vuestra madre, señora?

MENCIGÜELA.

Allá está, en casa de la vecina, que la ha ido a ayudar a coser unas madejillas.

TORUVIO.

¡Malas madejillas vengan por ella y por vos! Andad y llamadla.

(*Entra AGUEDA por el lateral derecho.*)

AGUEDA.

Ya, ya, el de los misterios, ya viene de hacer una negra carguilla de leña, que no hay quien se averigüe con él.

TORUVIO.

Sí, ¿carguilla de leña le parece a la señora? Juro al cielo de Dios que éramos yo y vuestro ahijado a cargarla y no podíamos.

AGUEDA.

Ya, noramala sea, marido, ¡y qué mojado que venís!

TORUVIO.

Vengo hecho una sopa de agua. Mujer, por vida vuestra, que me deis algo de cenar.

(MENCIGÜELA, que ha salido un momento antes, entra ahora por el lateral izquierdo.)

MENCIGÜELA.

¡Jesús, padre, y qué mojada que venía aquella leña!

TORUVIO.

Sí, después dirá tu madre que es el alba.

AGUEDA.

Corre, mochacha; aderezale un par de huevos para que cene tu padre, y hazle luego la cama.

(MENCIGÜELA entra corriendo por las cortinas.)

Yo os aseguro, marido, que nunca se os acordó de plantar aquel renuevo de aceitunas que rogué que me plantásedes.

TORUVIO.

¿Pues en qué me he detenido sino en plantalle, como me rogastes?

AGUEDA.

Callad, marido; ¿y dónde lo plantastes?

TORUVIO.

Allí, junto a la higuera breval, donde, si se os acuerda, os di un beso.

(*Se abren las cortinas, como si las corriese MENCIGÜELA, y aparece, sobre un fondo de cámara de cortinas, un trasto, en el centro, representando un hogar de campana, y a un lado una mesa muy rústica, con un banquillo de tres pies al lado, y puesta con las cosas que mandó AGUEDA.*)

MENCIGÜELA.

Padre, bien puede entrar a cenar, que ya está aderezado todo.

(*Mientras TORUVIO se acerca a la mesa, se*

sienta y empieza a comer, AGUEDA sigue hablando lo que va a continuación.)

AGUEDA.

Marido, ¿no sabéis qué he pensado? Que aquel renuevo de aceitunas que plantastes hoy, que de aquí a seis o siete años llevará cuatro o cinco fanegas de aceitunas, y que poniendo plantas acá y plantas acullá, de aquí a veinte y cinco años o treinta tendréis un olivar hecho y derêcho.

(TORUVIO habla con la boca llena, como si estuvièse comiendo.)

TORUVIO.

Eso es la verdad, mujer, que no puede dejar de ser lindo.

AGUEDA.

Mirá, marido, ¿sabéis qué he pensado? Que yo cogeré la aceituna y vos la acarrearéis con el asnillo, y Mencigüela la venderá en la plaza. Y mira, mochacha, que te mando que no me des menos el celemín de a dos reales castellanos.

(TORUVIO se levanta de un salto.)

TORUVIO.

¿Cómo a dos reales castellanos? ¿No veis que es cargo de conciencia, que basta pedir a catorce o quince dineros por celemín?

AGUEDA.

Callad, marido, que es el renuevo de la casta de los de Córdoba.

TORUVIO.

Pues aunque sea de la casta de los de Córdoba, basta pedir lo que tengo dicho.

(Los dos están enfadados y cada vez se en-

jadan más, pero no dan gritos, porque cuando se está muy enfadado la voz se apaga y enroquece.)

AGUEDA.

No me quebréis la cabeza. Mirá, mochacha, que te mando que no las des menos el celemín de a dos reales castellanos.

(MENCIGÜELA está aún cerca del hogar. Sus padres, a un lado y otra de la mesa.)

TORUVIO.

¿Cómo a dos reales castellanos? Ven acá, mochacha, ¿a cómo has de pedir?

(MENCIGÜELA se acerca y queda entre los dos. Tiene un aire muy tonto.)

MENCIGÜELA.

A como quisieredes, padre.

TORUVIO.

A catorce o quince dineros.

MENCIGÜELA.

Así lo haré, padre.

AGUEDA.

¿Cómo «así lo haré, padre»? Ven acá, mochacha, ¿a cómo has de pedir?

(Aquí empieza un juego gracioso de tirar de la muchacha cada uno para su lado según habla, pero sin exagerar. MENCIGÜELA se deja hacer con una cara de tonta enorme.)

MENCIGÜELA.

A como mandáredes, madre.

AGUEDA.

A dos reales castellanos.

TORUVIO.

¿Cómo a dos reales castellanos? Yo os prometo que si no hacéis lo que yo os mando, que os tengo de dar más de doscientos correonazos. ¿A cómo has de pedir?

MENCIGÜELA.

A como decís vos, padre.

TORUVIO.

A catorce o quince dineros.

MENCIGÜELA.

Así lo haré, padre.

AGUEDA.

¿Cómo «así lo haré, padre»? Tomá, tomá.
(*La pega.*) Haced lo que yo os mando.

TORUVIO.

Dejad la mochacha.

Aquí empieza MENCIGÜELA a correr alrededor de su padre, perseguida por su madre. A veces es TORUVIO quien recibe los palos. Los chapinazos, mejor dicho, porque AGUEDA se ha quitado un zapato, una chinela, y con ella golpea a los dos.)

MENCIGÜELA.

¡Ay, madre; ay, padre, qué me mata!

(*Entra ALOXA, el vecino, por el lateral derecho.*)

ALOXÁ.

¿Qué es esto, vecinos? ¿Por qué maltratáis así la mochacha?

AGUEDA.

¡Ay, señor! Este mal hombre que me quiere dar las cosas a menos precio y quiere echar a perder mi casa: ¡unas aceitunas que son como nueces!

TORUVIO.

Yo juro a los huesos de mi linaje que no son ni aun como piñones.

AGUEDA.

Sí son.

TORUVIO.

No son.

ALOXÁ.

Bueno, señora vecina, hacedme tamaño placer que os entréis allá dentro, que yo lo averiguaré todo.

AGUEDA.

Averigüe, averigüe.

(*Se cierran las cortinas y queda dentro AGUEDA. Los demás quedan fuera.*)

ALOXÁ.

Señor vecino, ¿qué son de las aceitunas? Sacadlas acá fuera, que yo las compraré, aunque sean veinte fanegas.

TORUVIO.

Que no, señor; que no es de esa manera que vuesa merced se piensa; que no están las aceitunas aquí en casa, sino en la heredad.

ALOXÁ.

Pues traedlas aquí, que yo las compraré todas al precio que justo fuere.

MENCIGÜELA.

A dos reales quiere mi madre que se venda el celemín.

ALOXÁ.

Cara cosa es ésa.

TORUVIO.

¿No le parece a vuesa merced?

MENCIGÜELA.

Y mi padre a quince dineros.

ALOXÁ.

Vea yo una muestra de éllas.

TORUBIO.

¡Válgame Dios, señor! Vuesa merced no quiere entender. Hoy he yo plantado un renuevo de aceitunas, y dice mi mujer que de aquí a seis o siete años llevará cuatro o cinco fanegas de aceitunas, y que ella las cogería, y que yo las acarrease y la mochacha las vendiese, y que a fuerza de derecho había de pedir a dos reales por cada celemín; yo que no, y ella que sí, y sobre esto ha sido la cuestión.

ALOXÁ.

¡Oh, qué graciosa cuestión; nunca tal se ha visto! Las aceitunas no están plantadas y ¡ha llevado la mochacha tarea sobre éllas!

MENCIGÜELA.

¿Qué le parece, señor?

TORUVIO.

No llores, rapaza. La mochacha, señor, es como un oro. Andad, hija y quitad la mesa, que yo os prometo de haceros un sayuelo de las primeras aceitunas que se vendieren.

ALOXÁ.

Ahora andad, vecino, entraos allá adentro y tened paz con vuestra mujer.

TORUVIO.

Adiós, señor.

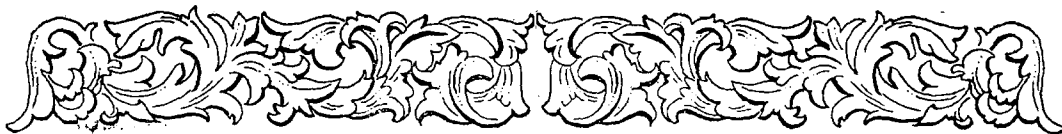
(MENCIGÜELA *entró momentos antes por las cortinas y ahora lo hace TORUVIO. ALOXA queda solo.*)

ALOXÁ.

¡Qué cosas vemos en esta vida que ponèn espanto! Las aceitunas no están plantadas y ya las hemos visto reñidas. Razón será que dé fin a mi embajada.

(*Y se marcha lentamente por donde salió.*)





SECCION POLITICA

LA FALANGE, NERVIO DEL ESTADO

Discurso pronunciado por el Ministro y Secretario general de la Falange, Raimundo Fernández Cuesta, en la clausura del Ciclo de Conferencias organizado por el Departamento Provincial de Seminarios de Estudios de Cádiz el 10 de junio de 1950

Entiendo cumplir el honroso encargo implicado en la presente Conferencia, aludiendo a la estructura íntima de nuestro Movimiento, con preferencia sobre la puramente accesoria y formal. Fácilmente se os alcanzarán las razones que a ello me mueven y que son, de una parte, la convicción absoluta de que en nada os ilustraría a vosotros oír relatar el status de los deberes y atribuciones de nuestra Secretaría General, Vicesecretarías, Delegaciones Nacionales y Jefaturas Provinciales y Locales, que constituyen el cañamazo práctico de que nos servimos para realizar la obra política, social y económica a que estamos entregados.

De otra parte, debo confesar que, para mí, lo externo es accesorio, y no creo en lo formal porque carece de trascendencia. Lo importante en

la política no es el continente, sino el contenido, como en la investigación científica no lo es el método, sino el principio a cuyo servicio se pone.

Y la Falange no es ni se parece a ningún mecanismo ni a ninguna estructura formal; la Falange es, ante todo, entraña y estilo. La entraña y el estilo de España, que soñara José Antonio.

Cierto que cuando se concibe la política al modo como nosotros la entendemos, es decir, como algo más concreto y vital que una simple especulación filosófica, como realización de una fe y de un destino, llega a hacerse preciso un aparato material mínimo que, como disciplinado instrumento, traduzca en lo material y concreto las directrices dictada para la realización de los principios.

Y ésta, de simple instrumento, es la calificación que corresponde a la estructura administrativa del Movimiento, tan alejada del concepto clásico de la burocracia, porque una de las más grandes satisfacciones que podríamos proporcionar a los enemigos de España y de la Falange sería la de vernos encerrados en nuestros janales y alejados de la entraña nacional por un falso concepto de minoría selecta. El Estado sólo tiene cerebro; nosotros, además, tenemos corazón. La Falange es del pueblo y para el pueblo, y quien se sienta alejado de él no es falangista, y quien crea que la condición de falangista puede constituirle en privilegiado o en adalid de los privilegiados es un necio o es un miserable. «Cuando triunfemos —decía José Antonio—, los que más tienen serán los que más se sacrifiquen».

Añadamos a este primer punto una consideración que merece ser meditada. Me refiero a la posición de la Falange respecto de la entidad total que es el Estado.

Cuando, en otra ocasión, tuve oportunidad de referirme ya a este punto, contrapuse nuestras nuevas concepciones a las de un Estado liberal que en nada ni en nadie tiene fe, verdadero cajón de sastre que puede llenarse con todas las teorías mientras sean nada más que teorías, pero que no permite que se conviertan en realidades cuando chocan con los intereses del grupo que en cada momento detenta el Poder; que vive vergonzosamente sin orgullo de existir ni título de legitimidad; que tiene que hacerse perdonar como un mal inevitable y pasar lo más inadvertido posible, molestando lo menos posible también, con un Poder mediatizado, compartido y con tal recelo mirado, que se fracciona en tres distintos, vigilante cada uno de los restantes; con todos sus órganos ocupados por las representaciones de los grupos más fuertes, pero divorciados del resto de la Nación.

A este Estado, repito, ha sustituido otro con un ideal alrededor del cual polariza o trata de

polarizar a la Nación, guiando a sus miembros en una dirección determinada, en lugar de ser guiados por ellos; que existe por sí mismo, que no encarna a un grupo ni a una clase, sino a la comunidad total de los españoles, y que en su técnica y en su contenido es distinto del Estado anterior.

Es inútil, pues, que se hable de situaciones interinas ni de regímenes de excepción. Lo cierto y verdadero es que tenemos una nueva teoría del Estado, con sus características peculiares, con sus instituciones específicas de raíces auténticamente nacionales. Una nueva teoría, repito, aeterminada por una serie de exigencias vitales y construida sobre bases que responden a conceptos jurídicos nuevos.

La posición de la Falange respecto a ese nuevo Estado viene determinada por características filosóficas e históricas inconfundibles. En efecto; al cambiar el régimen en 1931, las instituciones fundamentales del Estado, en lugar de adquirir aquel tono y contenido nacionales que, es preciso reconocer, mucha gente esperaba de buena fe que tuvieran, cayeron en poder de grupos, partidos políticos y pandillas de amigos. Se entabla la lucha entre los vencidos, que se aferran en conservar, y los vencedores, que quieren añadir al despojo la ofensa. Continúa la misma visión parcial y partidista de España, sin un ideal colectivo ni nacional, y, sobre todo, se olvidan de que en el mundo existe el comunismo, al que se deja infiltrarse y envenenar grandes grupos de la vida española, a los que después se quiere desintoxicar con el antídoto de unas elecciones.

En esta situación, un hombre joven lanza las primeras notas de la canción primaveral de España, y al conjuro de su voz, arrastra lo mejor de la juventud española, de la juventud en quien esa voz ha sabido despertar la conciencia de su misión histórica y ha sabido dar explicación y cauce a la serie de anhelos y de inquietudes espirituales que sentía, y que la mantenía

esazonada, revolviéndose rebelde contra todo y contra todos.

De aquella voz y de aquel llamamiento nace la Falange, que, en síntesis, se proponía reunir las dos mitades en que España estaba dividida, dándole a la una un sentido de Patria que no tenía y la otra una inquietud social de que estaba ausente. Y como quería arrancar de las dos los residuos disgregadores que llevaban adheridos, con las dos lucha y de las dos recibe agravios, a los que responde en proporción y medida adecuada, continuando impávida su camino por estar segura del triunfo definitivo, como lo está de la superioridad de su pensamiento y su razón.

La Falange busca la unidad. Y quiere hallarla, no en el Estado ni en la Nación, determinada exclusivamente por razones físicas. No en la sangre ni en la raza. No en razones contingentes, transitorias, de conveniencia política, sino en la unidad de destino, en nuestra calidad de hombres que tienen un común destino espiritual y una común empresa que cumplir en lo universal.

En la pura técnica del Derecho Público se nos ha calificado de Organización paraestatal. Si lo que con ello quiere decirse es que dentro de la formal sistemática jurídica se nos ha clasificado como Corporación o cuerpo de Corporaciones, no hay inconveniente en admitirlo. Nada añade ni quita a nuestra entraña política ni a nuestra significación permanente dentro del Movimiento el que los escudriñadores de la Ley nos añadan una etiqueta unívoca. Ellos sabrán si les sirve para algo, porque a nosotros, para nada.

Pero si con el calificativo paraestatal quiere significarse que hayamos intentado crear un Estado dentro del Estado para nuestro exclusivo servicio, tenemos que denunciar la calificación de falsa y calumniosa. Nosotros no podíamos hacer eso, porque nunca buscamos privilegios, porque la misión de la Falange está en el cuerpo vivo de la Nación y no en lo formal del Estado, y porque no somos burócratas, sino idealistas.

La Falange es el espíritu vivo del Estado, al que provee de contenido nacional y social.

* * *

Hay un ritornello entrañable que encerrará para siempre la clave de nuestra presencia en el alma de España. Es el de la Patria, el Pan y la Justicia, que vinimos a exigir y a conquistar como imperativos de un pueblo que cree en su destino.

Queríamos una Patria grande y libre. Queríamos que terminase el trágico reparto de territorios que empezó con nuestro Imperio y llegó a hendir su zarpa en el mismo suelo nacional. Queríamos arrojar a los traidores y a los renegados. Queríamos impedir que nuestro destino se decidiera bajo la luz grasienta de cualquier conjura extranjera. Queríamos, en fin, nuestra Patria para nosotros los españoles, que cada día nos afanamos en hacerla limpia, alegre y libre.

Estábamos ahitos de desgobierno en lo interior y de claudicaciones en lo exterior. Nuestro pueblo repudiaba con violencia o con ironía a tanto jalso profeta de la felicidad electoral y a tanto renegado de su propia sangre.

Una mirada a la Historia nos mostraba que habíamos sido grandes. ¿Por qué, pues, España había de conformarse ya con una existencia sin altura y sin ambición? No seré yo quien niegue la influencia del desengaño y del agotamiento que ya percibiera Balmes al analizar la situación anímica de los españoles tras una guerra de independencia y dos dinásticas. Alborea el siglo XIX con un juego de acontecimientos capaces de abatir a cualquier pueblo que no fuera el nuestro. Maduros los pueblos de América, empiezan a independizarse, hasta dejarnos sin el que había sido nuestro quehacer durante siglos. Puesta a prueba nuestra vocación para la batalla, volvíamos a vivir sin pesadumbre páginas de sonos bélicos, que exigían muchos sacrificios. Pero nosotros estábamos ya muy acostumbrados a la guerra, que hacíamos sin temor y sin rencor. Batallar por leguas más o menos, nunca fué motivo de desfallecimien-

to para los españoles. Y en la cuestión de las provincias españolas de América, teníamos, además, asegurada la victoria, porque, pasase lo que fuera, siempre quedaría intacto el hecho de que España había incorporado a la comunidad internacional un Nuevo Mundo, íntegramente elaborado por nuestro esfuerzo, por nuestra cultura, por nuestra fe, por nuestra espiritualidad, en suma.

La lucha que se anunciaba en América no era, pues, la causa del pesimismo español. La raíz era otra muy distinta, y cuya trascendencia intuía nuestro pueblo. Habíamos reaccionado espontánea y heroicamente frente a la invasión francesa para salvar nuestra sagrada independencia, hasta vencer. Era fundada la alegría de quienes habían combatido y casi sucumbido en el empeño de reconquistar a su Patria y recuperar, con ella, la entraña espiritual que ellos y otros españoles habían creado y habían vivido. Se había luchado por una Patria española con un alma española, y se creía en el triunfo.

Es comprensible, por tanto, el estupor y luego la atonía que invadieron a nuestro pueblo, al ver esterilizado su esfuerzo cruento y doloroso. Poco a poco los verdaderos hombres de España comprendieron que se les había escamoteado el triunfo, y que aquello que habían querido desterrar florecía de nuevo por obra de unos lechuguinos metidos a gobernantes, afrancesados vergonzantes y admiradores públicos o clandestinos de la Enciclopedia y del Pacto Social.

El maduro sentido político de los españoles comprendió que nuestra Historia había sido quebrada. Que habíamos perdido momentáneamente nuestra personalidad y que en adelante, y para muchos años, íbamos a ser colonia espiritual del invasor vencido. La moda intelectual se superponía a la entraña nacional, que iba a quedar residenciada, por cerril y oscurantista —según se decía—, en lo más recóndito del corazón del pueblo.

¿Qué de particular tiene, pues, que ese pueblo traicionado abandonase temporalmente la escena nacional, para uso y abuso de aventureros y charlatanes, de necios, de inconscientes, de trai-

doruelos, de desengañados y de lacayos entrenados en el servicio de todas las Cancillerías habidas y por haber?

De aquí que siendo nuestros males espirituales, también la reacción fuera fundamentalmente espiritual, y de aquí que en la entraña misma de esa reacción esté el espíritu de la Falange. Creíamos y creemos en nuestra Patria y en nuestro pueblo. Creíamos y creemos en un orden social justo. He ahí la razón de ser de nuestro Movimiento.

* * *

Amar y crecer son actitudes anímicas distintas, aunque puedan unirse en una simbiosis de perfección. Se puede amar sin esperanza, que es casi como amar sin fe. Nosotros amamos a España con fe y con esperanza, porque creemos inquebrantablemente en nuestros hombres, en nuestras mujeres, en nuestros soldados, en nuestros trabajadores y en nuestros estudiosos; porque creemos en la sangre de nuestros héroes, en la divina iluminación de nuestros santos y en lo sencillo de nuestro pueblo hidalgo, audaz, sentencioso y arrebatado, y, sobre todo, porque creemos que aún circula por sus venas la misma fuerza generosa que nos hizo grandes y que nos devuelve nuestro destino histórico.

Yo conozco el reparo que podría oponerse a este razonamiento de nuestra fe. Parece como si de ella excluyéramos todo lo que no es popular, como si negáramos vigencia a las distintas aristocracias en la elaboración de ese mismo destino. Para nosotros, hombres de realidades más que de especulaciones, una cosa es la historia del pensamiento político y otra distinta y más viva es la historia política de los pueblos. Tal vez la primera sea obra de esas minorías selectas del saber, del linaje o de ambas cosas a la vez; pero la segunda es obra y patrimonio exclusivo de los pueblos.

Es posible que en otros lugares y climas haya habido lugar a distinguir entre dirigentes y dirigidos. En nuestra España, no. Nuestras misio-

nes trascendentales fueron siempre realizadas por nuestro pueblo, unido en una comunidad nacional insobornable y consciente. Nuestra Historia es la de nuestra unidad. Los brotes antiespañoles, los separatismos, los desalientos, si que han sido obra de minorías inconscientes o criminales. La madurez de nuestro pueblo, la conciencia de su propia fuerza, capaz de aplastarlas en el momento oportuno, las toleró irónicamente como dándolas tiempo a arrepentirse de su pecado. Pero nunca duraron mucho tiempo ni sus ideas negativas llegaron a adquirir carta de naturaleza en el espíritu nacional; y al final se fueron cubiertas de ridículo, maldiciendo nuestro oscurantismo, o las destruyó el zarpazo del viejo león hispano.

Nuestro pueblo es fuerte, paciente y políticamente tan maduro que pudo permitirse ese lujo de ver a los necios hacer piruetas políticas, sonriéndonos. Lo malo es que quien provoca la sonrisa de los españoles está definitivamente condenado.

Pues bien; ante una coyuntura semejante, salvando tiempo y distancia, y en presencia de unas minorías que se decían a sí mismas soviéticas, España se irguió de nuevo para sacudirse los parásitos, en una nueva Cruzada de restauración del espíritu nacional, de la Ley y del Orden. Casi como un milagro surgió otra vez este pueblo nuestro, unido en su vieja conciencia orgullosa e independiente, imponiendo su fuero, haciendo la justicia que tantas ofensas reclamaban y dando a cada uno lo suyo. Resurgió esta España amada para encontrarse a sí misma en la Falange.

Otro factor del desaliento nacional era la generación que cristaliza la consigna de que España estaba acabada y era tierra propicia al vasallaje y a la colonización. Había perdido, se decía, su puesto en el mundo, y valía la pena reconocerlo así, en medio de un discutible respeto para el pasado glorioso. Cerrar el arca del Cid y europeizarse eran los lemas del momento.

Cuando esto se dice y se repite por hombres investidos por las supremas categorías intelectuales, tiene una apariencia impresionante. Cuando el tono común en la literatura y en la filosofía es la desesperanza, parece difícil reaccionar, porque a primera vista refleja en la cantidad lo unánime y en la calidad lo mejor.

Levantar esa losa del pesimismo histórico iba a ser una de las tareas que la fe en España imponía a la generación de la Falange.

Así lo entendimos y así lo realizamos, sostenidos por esa misma fe. En nuestro sentir, bien confirmado después por los acontecimientos, había dos Españas. Una, superficial, extranjerizada, chillosa y títere, a quien placía adoptar en política posturas pseudorrománticas, o a quien la adversidad había asustado y vencido. Otra, la España dura, sentenciosa, meditadora y austera, que, llorando a sus hijos muertos, rechazaba con hombría tantas historias.

Los que a sí mismos se denominaban cínicamente como «decadentes» eran pocos, pero se sentían fuertes escuchándose sus chillidos de histriónes, y se juzgaban centrados en su tiempo, marcado con el estigma de lo negativo. Hubieran podido impresionar a cualquiera que sin la debida madurez política les escuchara. Pero a nuestro pueblo, no. Los hombres y las mujeres de la verdadera España contemplaban sus contorsiones y sus gemidos con la misma irónica sonrisa que habrían oído los alaridos mercenarios de una plañidera alquilona.

¿Qué tenían que ver aquellos estúpidos con la Historia? Para algunos tal vez alcanzarían la categoría de lamentable episodio; para casi todos, no tenían otro valor que el de un despropósito, en nada relacionado con el destino de la Patria.

España estaba, pues, en la calle, en el campo, y no en los relamidos salones literarios. Vivía en la entraña donde siempre los españoles engendraron sus venturas y sus desventuras, sintiéndola, como la sentimos nosotros, con la grave seriedad de las cosas sagradas y con la certeza de que

nuestra ruta era la legítima y nuestra luz la única salvadora.

Este fué el substratum de la Falange, que salió de lo mejor del pueblo para disponerse a la lucha. Era ya hora de barrer tanta estulticia del ámbito nacional y de que los auténticos españoles hablaran. Y hablaron tan alto y tan fuerte como su conciencia les exigía. Y vencieron porque eran los mejores, porque su victoria era la de la Verdad y de la Justicia, y porque contábamos en la empresa con la ayuda de Dios.

* * *

Desde el nacimiento del liberalismo como doctrina política, todos los intentos vindicativos en pro de los débiles habían resultado estériles frente a la concepción de lo social como simple factor de la economía. La existencia de millones de seres, su dignidad espiritual y material, su desesperada lucha contra la adversidad y el decoro de sus familiares habían quedado relegadas a un secundario lugar dentro del ciclo producción, cambio y consumo. Los trabajadores no eran seres respetables. La burguesía del país sólo sabía de ellos a través del manso teatro costumbrista «fin de siglo» o de las referencias periódicas ocasionadas por la temida «agitación social». Los especuladores de la lucha de clases realizaban cumplidamente su labor de profundizar al máximo las separaciones entre unos y otros españoles. Y, en realidad, ni los obreros profesaban otra filosofía política que la del hambre ni la burguesía los conocía en su auténtica dimensión humana.

Pues bien; nuestra segunda tarea era redimir a esos hombres para la Patria, realizando la Justicia social que legítimamente reclamaban: desintoxicarlos de la bazofia ideológica a que había querido insuflárseles al amparo de sus justas demandas, y devolverles el sentido de la compatibilidad entre su condición de españoles y la de trabajadores.

Creo que el secreto de esa redención estuvo en la seguridad que inspira un Gobierno popular como el nuestro. Y también en que no pretendimos que se reencontraran a sí mismos sólo con abstracciones. Frente a los esteticismos están las realidades sentidas en la propia carne. Es impropio alimentar el espíritu con abstracciones cuando el hambre y la enfermedad se adueñan de nuestro ser. Es inútil acudir a la fe de quienes padecen la injusticia y la miseria, y a quienes en la vieja política sólo se tenía en cuenta para burlarlos con falsas promesas electorales.

La Falange ha hecho siempre de lo social uno de los más poderosos bastiones de la Revolución Nacional y proclamó la horrenda injusticia que se cometía con unos hermanos dignos. Hizo falta, desde luego, una cruenta guerra para liberar al verdadero pueblo de los falsos dogmas filosóficos y económicos que, con un marchamo pseudorrevolucionario de origen, lo había reducido al pauperismo y a la esclavitud de la miseria. Hizo falta una guerra justa para demostrar e imponer esta cosa aparentemente tan sencilla: Que también los desheredados son hombres españoles.

Para nosotros lo social no es un factor específicamente valorable y distinto de lo nacional, sino un coeficiente humano que lo integra con fuerza prominente. La España que nosotros queremos está muy lejos de ser la de unos pocos; es y será cada día en mayor medida una Patria en la que todos participen de los bienes que la Providencia y nuestra común laboriosidad nos otorgaron, porque, como antes he dicho, entendemos que nuestra Historia es obra de todos los españoles, y es justo que a cada uno se dé lo que a su derecho corresponda.

La fe, pues, en nuestra energía vital, como pueblo seguro de su destino histórico y de la justicia de sus aspiraciones, son los elementos de la simbiosis que, presidida por un sentido trascendente de la vida, constituyen la base de nues-

tra política y de nuestra confianza en el porvenir.

* * *

Antes lo he dicho. La Falange somos el pueblo organizado y somos, por consiguiente, el contenido mismo del Estado que, sin tal contenido espiritual y popular, queda reducido, en última instancia, a una mera fórmula jurídica, casi a una palabra o a un aparato de funcionarios administrativos y técnicos. Sin la Falange, ni el Estado ni el Movimiento tendrían razón de ser en la España de hoy.

Por ello, nuestra misión fundamental es gobernarnos de acuerdo con nuestros principios y tratar de vivir nuestra propia fe, realizándola en lo concreto de cada día y proyectándola hacia el porvenir.

Podrían subdistinguirse aquí los medios para cumplir ese fin, hablando de ideas y de hombres. Insuflar nuestro programa en el cuerpo social y ofrendarle nuestros mejores camaradas para las tareas de gobierno parecerían consecuencias lógicas y distintas. Pero no es norma de una correcta lógica hacer subdivisiones innecesarias, como lo sería ésta, dada la misión que a la Falange hemos atribuido.

Entiendo impropio, en primer término, disociar los hombres de las ideas, puesto que todo lo intelectual es necesariamente humano. Resulta imposible concebir el espíritu sin el hombre. Cierto que no voy a negar los caminos de la abstracción, por cierto también que ésta no suele ser sino la objetividad de una concepción subjetiva.

Resulta asimismo impropio disociar esas dos funciones, porque ni nosotros podíamos dar al Estado otros hombres que los nuestros, ni ellos podrían gobernar contradiciendo la fe en que libremente militan.

No podemos aceptar el viejo lugar común de que lo que importa son los hombres y no las

ideas, porque en la Falange, ambos son una sola y única entidad.

Es, pues, lógico que llevemos a las tareas de gobierno el credo que profesamos, y que nuestra aspiración sea realizarlo íntegramente en aras del bien común.

* * *

Puede parecer impropio a estas alturas intentar una reiterativa explicación de ese credo que profesamos. Nuestra concepción del bien común enlaza con la doctrina filosóficojurídica de la Teología nacional; pero nuestra doctrina de lo popular, como base del régimen, tal vez merezca unos momentos de meditación.

Hay una verdad en política, y es la de que la preferencia otorgada a un determinado grupo social en la dirección de los asuntos comunes tiñe de un determinado color a un régimen. Y hay otra verdad contrastada, que es el acceso de las masas a los problemas de gobierno, sin duda, por cuanto las conquistas del espíritu han afirmado más y más la sensibilidad de todos para percibir su trascendencia. Paulatinamente, la generalidad se ha ido interesando por lo que nos es propio y común: nuestro destino, el futuro de nuestra Patria; y, de otra parte, la conexión de lo económico con lo político ha contribuido no poco a ello.

Pues bien; ambos factores, el espiritual y el económico, han dotado al momento político del mundo de una nota específica: la del predominio de lo popular en beneficio de lo popular.

Nada más justo, pero entiéndase bien que cuanto nosotros hablamos de lo popular lo hacemos utilizando el término en su sentido gramatical típico y no adulterado por las distintas significaciones políticas que sucesivamente se le han atribuido. Para la Falange, el pueblo lo constituyen todos los españoles integrados en una unidad superadora de signo espiritual. Entre nosotros no hay clases, por cuanto clase significa grupo económico autónomo dentro de la socie-

dad y disociado de los intereses comunes. Todos colaboramos en la obra común de labrar nuestro destino nacional, y lo accidental del puesto que cada uno ocupe es imputable tanto a la propia iniciativa y personalidad, cuanto a circunstancias que nos son extrínsecas. Nuestro Estado está abierto a todos porque de todos es, y a nadie cerramos el paso hacia los más altos puestos.

Es cierto que, al advenir el pueblo a su plena capacidad política, aquellos que se atribuyeron la condición de primus inter pares no supieron hallar las directrices que nuestros intereses exigían. Horros, por tanto, de pensamientos firmes y claros sobre lo que convenía a la Nación, buscaron en el exterior las rectorías que en el interior ya nadie podía proporcionarles. Y surgieron las filias y las fobias que intentaron arrastrar a nuestro pueblo de uno a otro de los polos que convulsionaban la política internacional. Este es el momento que culmina en nuestra guerra de Liberación, cuya exacta denominación se justifica en que a su través cumplíamos, entre otros objetivos, el de liberarnos auténticamente de esas directrices extranjeras que, con intención más o menos aviesa, nos reducían a la condición de comparsas en la cohorte de los demás.

* * *

Yo no reprocho a nadie el haber concertado en el pretérito alianzas y convenios internacionales, hasta determinado punto necesarios en la política de equilibrio para la propia subsistencia como Estado independiente; lo que me parece menos concebible es que tales internacionalistas desconocieran que también en el Derecho de Gentes hay unas zonas denominadas «dominio reservado», en las que toda injerencia exterior debe ser violentamente rechazada.

En tal encrucijada, de nuevo la madurez de nuestro pueblo habló intemperante, agotada su paciencia, para volver por los fueros de su sagrada personalidad, tan fuertemente percibida

por los Gobiernos de fuera como negada o desconocida por sus lacayos de dentro.

Esta personalidad recta y secular es la que se ha pretendido ahogar luego de la victoria de 1945, colgando a la Falange el sambenito de extranjerizante. ¡A nosotros, que somos la más vieja y orgullosa España, y que nacimos y venimos combatiendo la desnacionalización que con nuestro pueblo se intentaba! Somos los que siempre fuimos: los españoles dignos, los españoles cristianos, los hombres a quienes ha correspondido de nuevo defender la independencia y la integridad de su Patria. No han llegado para nosotros las horas de rectificación que la realidad exige a los demás. Denunciamos al comunismo como doctrina política y como instrumento de dominación de pueblos, y no nos equivocamos. Quiero decir con esto que mientras España sabía a dónde iba, los demás lo ignoraban o aparentaban ignorarlo.

El gran error de los ricos del mundo ha sido el de no hallar otras razones que las simplemente financieras para oponerlas al comunismo. A las ideas, por falsas que sean, no puede oponerse solamente dinero. Faltaría dinero en el mundo para comprar uno por uno a todos los comunistas y convertirlos.

La auténtica barrera anticomunista es de tipo espiritual y se mantiene de la fe de los valores culturales de la civilización occidental. Los verdaderos combatientes en esta Cruzada de la espiritualidad mundial somos los pueblos que creemos profundamente en Dios y concebimos al hombre como portador de los valores eternos que El nos imprimió para el servicio del Bien; somos los que repudiamos el rencor y la violencia como instrumentos de gobierno, los que rendimos culto apasionado a la Justicia y a la Paz justa, los que rechazamos la política económica de los salarios de hambre, los que en la austeridad y en la templanza laboramos por un mundo libre para unos hombres libres, los que negamos la doctrina de unos espacios vitales cuan-

do se utiliza para sacrificar la independencia de los Estados débiles; somos los que de verdad profesamos una ética de respeto mutuo y hemos cerrado en torno a ella el único frente realmente angustioso de esta hora: el frente de la Justicia en lo nacional y en lo internacional.

* * *

Entretanto, hemos alumbrado nuevas formas políticas, cuyo único pecado es el de no adaptarse a los modelos polvorientos del siglo XVIII. La negación de que se nos hace objeto sólo puede comprenderse en función del encono de unos pocos y la pereza de los más, que, invitados a dejar discurrir su pensamiento jurídico-político por los nuevos cauces que las realidades del tiempo exigen e imponen, se niegan a ello sin fundar su abstención o recusación en razones de legitimidad intrínseca y sí sólo, repito, porque ello les obliga a añadir y modificar términos a la doctrina de las formas de gobierno que, desde Polibio, viene sirviéndoles de cañamazo para sus fosilizadas concepciones de la sociedad. Por fortuna, la vida no se ajusta a esos anticuados ficheros de los titulados maestros del Derecho Político que, como ocurre casi siempre entre los juristas, acabarán por descubrir con un retraso de más de treinta años las nuevas formas de una realidad innegable y más justa.

Nosotros no hemos desconocido la pluralidad de funciones del Estado, ni negado los derechos inviolables del individuo, ni deificamos a nadie más que a Dios, ni valoramos nuestras características raciales como únicas válidas para la dominación del mundo. Por el contrario, nuestra Revolución se hizo para restablecer la justicia y devolver a los españoles esos derechos que querían arrebatárseles en nombre de una falsa democracia.

Vivimos en la época del slogan, cuya virtud sintetizadora es innegable. Pues bien; si hubiera de bautizarse nuestra obra con algún lema espe-

cífico y distintivo, bien podríamos proclamar que el nuestro sería: «¡España, por la libertad!»

Con fuentes auténticamente nacionales construimos un sistema político presidido por las ideas del Bien y de la Comunidad nacionales. Y si nuestras bases filosóficas de partida y nuestras realizaciones no encajan en los trasnochados moldes de las Declaraciones francoamericanas de Derechos, no es culpa nuestra, sino de quienes se empeñan en revivir unas figuras de cera cuya muerte todos certifican y para las que, como tales moldes de Museo, tenemos todo nuestro respeto.

Pienso que el Derecho Político, como todo lo jurídico, no es sino una técnica al servicio de las realidades de cada día y que las necesidades espirituales, sociales y económicas de los pueblos son las que señalan esa realidad. Una estructura apta para el Feudalismo resulta instrumento inútil luego de la aparición de las Nacionalidades; un ordenamiento liberal y capitalista es inoperante cuando los hechos imponen la Justicia social, y una democracia a lo Montesquieu es innecesaria a quienes, como los españoles, tenemos concepciones propias y específicas de la libertad y de la autoridad, vividas desde siglos en nuestros Concejos abiertos leoneses y ejercidas desde siempre por nuestros Monarcas y Caudillos de Asturias, Castilla o Aragón.

* * *

En lo económico-social, nuestras realizaciones cristalizan en la Organización Sindical.

El Sindicato anterior al Movimiento descansaba en estos dos puntos fundamentales: uno, el de ser un Sindicato exclusivamente obrero; otro, el de ser exclusivamente económico. Ninguna de las Asociaciones patronales que entonces existieran tomó jamás el nombre de Sindicato, y todos aquellos problemas que afectaban al obrero como hombre, no solamente como obrero, se escapaban por completo del ámbito sindical. ¿Qué

consecuencias se produjeron de todo esto? Pues que el Sindicato nació con un estigma de lucha y que todas las conquistas que una de las partes de la producción conseguía tenían siempre el sello de haberse alcanzado violentamente de la otra; mientras, de otra parte, el Estado miraba al Sindicato con recelo, con desconfianza, como al rival que aspira a sustituirle, y el Sindicato era el alma de la masa proletaria para conseguir sus reivindicaciones y para asaltar el Poder. El Sindicato y el Estado eran totalmente antagónicos y no tenían entre sí más que una relación puramente policíaca.

Pues bien; esta concepción sindical está hoy superada en nuestra Patria, y en aquellos países en que continúa, el Sindicato sigue siendo un elemento perturbador, y el Estado, reducido a la misión exclusiva de definir la norma jurídica, es una cosa puramente técnica de fría organización burocrática, sin calor ni vida. En cambio, para nosotros, el Estado tiene una finalidad predominantemente política y el Sindicato ha de ser el cauce por donde lleguen al Estado todas las inquietudes de la vida nacional, todas las angustias y, en suma, todas las palpitaciones de una vida rica en variedad.

El Sindicato, no como una oficina, una nómina, unos sueldos. El Sindicato tiene que ser algo representativo de todos los elementos que intervienen en cada una de las ramas de la producción, subordinados y dirigidos por un objetivo nacional que contraste opiniones e intereses, con propia personalidad no absorbida por el Estado. El Sindicato no es el instrumento de la política económica del Estado, sino el propulsor de esa política, el informador de esa política, el animador de esa política y el que le dé a conocer la realidad nacional.

El Sindicato tiene también la función de contribuir a la formación de las instituciones fundamentales del Estado, dando participación al pueblo a través de él en las tareas del Estado. El Sindicato tiene igualmente una función educa-

tiva, cambiando la mentalidad de los obreros y los empresarios, haciéndoles comprender a unos y otros la importancia y necesidad respectiva de su aportación en las tareas de la producción, haciéndoles ver también la necesidad de que esta producción se aumente en beneficio de todos.

Pero, además, el Sindicato tiene una función trascendental en el actual momento del mundo: la nacionalización, la espiritualización de la masa productora de obreros y empresarios. Uno de los resortes y factores morales de la vida de la Humanidad es, hoy día, el trabajo. Lo ha sido, en realidad, desde que apareció el cristianismo y dijo al hombre que ganaría el pan con el sudor de su frente. Ese trabajo tenía en un principio un valor exclusivamente contenido dentro de una esfera individual, y no adquirió un valor social, histórico, sino con la aparición de la burguesía y con la exaltación clasista del siglo XIX. Con el Renacimiento, la burguesía aspira a ser la aristocracia del trabajo. Con la Reforma, el trabajo adquiere un matiz religioso y, por influencia puritana, se llega a creer que la riqueza y los bienes son un premio de Dios, y la pobreza, en cambio, un castigo. Llega la Revolución francesa, y con ella el triunfo y la exaltación de la burguesía. Pero entonces la burguesía olvida dos cosas importantes: que pertenece a una Patria y que ha triunfado, precisamente, por el trabajo. El olvido de estas dos cosas produce, como inevitable consecuencia, todas las deformaciones del capitalismo. Sucede entonces que el factor moral que el trabajo representa pasa de las manos burguesas a las manos proletarias, y la masa proletaria siente el trabajo como una religión e interpreta, a través de ella, toda la historia de la Humanidad, dividiendo a ésta en dos clases antagónicas: la de los hombres que trabajan y la de los que viven a expensas del trabajo de los demás.

Pero hay todavía otra consecuencia más: el divorcio entre el trabajo y la Patria, entre lo nacional y lo social. Pues bien; aunar el trabajo

con la Patria, lo nacional con lo social, es precisamente la tarea de nuestro tiempo, y esa tarea es la que se ha realizado mediante ese resorte mágico que se llama Revolución, y que ha sido unas veces burguesa y otras proletaria, teniendo en nuestra Patria un carácter nacional. Esta tarea es precisamente la que corresponde a nuestros Sindicatos, que son la medula y la columna vertebral de la Revolución Nacional-sindicalista.

* * *

En conclusión; un distinto concepto del Estado, de la organización política y sindical, una autenticidad en la libertad y dignidad humanas, una defensa a veces hasta heroica de la independencia y de España ante el mundo que ha elevado nuestro prestigio internacional, ¿quién lo ha conseguido sino nuestro Movimiento? Y dentro de él, ¿quién informó su contenido y quién ha puesto en tensión sus resortes emocionales? Digámoslo sin ambages: la Falange; aunque ahora hay muchos que utilizan su vocabulario y se sirven de sus conceptos, bien porque están conformes con ellos, o porque, sin estarlo, reconocen utilitariamente su eficacia proselitista dentro y fuera de España, pero que, por creer que el mundo va por otros derroteros y soplar vientos de fronda, no tienen la gallardía de proclamar la estirpe de que esas palabras y esa ideología proceden, ignorando que el mundo vendrá a nosotros cuando le hagamos falta y se convenza de que nosotros no iremos a él a costa de nuestra falsificación; que seremos más valorizados si nos afirmamos en nuestra autenticidad que si pretendemos disfrazarnos bajo cómodas o serviles apariencias. Ahora bien; que la Falange tiene, ha tenido y tendrá muchas dificultades en su vivir es cosa lógica y natural que suceda, porque esas complejidades y esas dificultades no son más que el reflejo de las complejidades y dificultades de la vida política en general, y de la vida política de la Falange en particular. Y estas complejidades y estas dificultades de nuestra

vida falangista nacen de causas que todos conocéis perfectamente y que por mí han sido aludidas no hace mucho tiempo, pero que, sin embargo, es conveniente ahora recordar.

Estas dificultades nacen, en primer lugar, de nuestra misma posición doctrinal: entre las derechas y las izquierdas, que hacen que seamos criticados por los unos y por los otros. Nacen de nuestra llegada al Poder en circunstancias trágicas e imprevistas, que nos han hecho ganar en volumen lo que nos hicieron perder en homogeneidad. Nacen del señuelo del cargo y de la prebenda que trajo a nuestras filas a muchos que nada tenían que ver con ellas y que incluso hizo resquebrajar la lealtad de muchos y viejos camaradas. Pero nacen, sobre todo, a mi modo de ver, de una causa primordial: la diversidad de criterios que existen sobre el concepto del Estado, del Movimiento y de la Falange, de la relación que todos ellos tengan entre sí y de las funciones que a cada uno de ellos corresponden dentro de la vida política española. Y esto, a mi modo de ver, es la clave del problema, la causa fundamental de todas esas dificultades, de todas esas inquietudes de muchos camaradas, cuya inquietud es precisamente la mejor demostración de su preocupación, y es también el origen de esa lucha íntima que dentro de nosotros mismos, los que ocupamos un cargo, se da entre la espontaneidad de las ideas y de los sentimientos, y la reflexión que nace de la responsabilidad del mando. Y, en efecto, así vemos —ya lo dije en otra ocasión y conviene repetirlo ahora— que mientras para unos el Movimiento y la Falange son términos sinónimos, que la Falange es el nervio, es el contenido doctrinal, es el imperativo de mando, es el cuerpo y el alma de ese Movimiento, y fuera de la Falange no existe fuerza política digna de ninguna valoración, en cambio, para otros, el Movimiento no es más que la agrupación de todas aquellas fuerzas que tomaron sobre sí la patriótica tarea de salvar a España del comunismo, y que estaban unidos so-

lamente por la vinculación de los grandes conceptos de la Patria, del Orden, de la Religión, de la Propiedad, de la Familia, pero sin una caracterización táctica ni técnica; y con arreglo a ese concepto, la Falange no es más que una de tantas fuerzas que tomaron parte en una contrarrevolución, y la Falange queda diluida dentro del conjunto del Movimiento. Pero, claro está, que hay una tercera opinión, que es la de aquellos que entienden que el Movimiento es el conjunto de todas esas fuerzas; pero todas esas fuerzas en tanto en cuanto acepten como única doctrina la política social y económica de la Falange y estén sometidas a la disciplina de su jefe Nacional, y entonces la Falange viene a ser como el nervio, el núcleo central de ese Movimiento, como el sol de su sistema planetario, astro en torno al cual giran los satélites, a los cuales inunda con su luz. Indudablemente, sean cuales sean estos criterios que tengamos sobre el Movimiento, la Falange y su relación entre sí será también la actitud que nosotros tengamos que adoptar ante la realidad de la vida política española y es precisamente esa realidad la que tenemos que tener en cuenta.

Las cosas no son como nosotros queríamos que fuesen, sino como realmente son. Y esta es la realidad de la vida política española. Nos dicen que en ella existen unos sectores sociales y políticos en razón a su actuación pública. Nosotros no los podemos ignorar ni desconocer, ni a los cuales podemos rechazar de antemano, a priori, sino después de que nos hayamos convencido de que son incapaces de una atracción, y no podemos convertirnos tampoco en un islote aislado en medio del océano de nuestra política, sino que queremos y debemos ser la tierra de promisión en la cual todos los demás quieran entrar. Y esto no representa, ¡cómo va a representar!, dejación de nuestra doctrina ni abandono tampoco de nuestra obligación de defensa y de propaganda. Esto lo que significa solamente es una cosa: es reconocimiento del plano so-

bre el cual estamos montados, de las posibilidades de nuestra actuación y de las responsabilidades que nos incumben. Ello, por lo que al Movimiento y a la Falange se refiere y por lo que se refiere al Estado, tal como nosotros lo entendemos, el Estado nacional español no puede tener más que un cauce por donde únicamente puede llegar la sabia política que es el Movimiento, y el Movimiento tiene que ser lo suficientemente amplio y profundo para que en él quepan los que de buena fe quieran venir a él, para que no quede fuera de él ningún sector valioso de opinión; pero tiene que ser lo suficientemente puro, auténtico y aséptico para resistir absolutamente todas las contaminaciones. (Aplausos.) Ahora bien; para que un Estado exista no basta solamente con la fuerza física y con el poder material. Le hacen falta otros ingredientes esenciales, tal como nosotros concebimos el Estado. Estos ingredientes esenciales son, primero, una doctrina que le diferencie y le caracterice, unas bases que le sirvan de sustentación política, un sistema de forma y de trámite que venga a desenvolver su proceso de vida. Y este sistema, esta base de sustentación, esta doctrina, esta forma de vida, todo esto lo tiene el Estado español gracias precisamente a nosotros. Por consiguiente, lo lógico y natural es que revitalicemos todos esos ingredientes para que el Estado rinda el máximo que pueda rendir. Lo contrario nos llevaría al absurdo de un Estado en contradicción con sus principios. Esta actitud, que para mí es la actitud ortodoxa, nos impone deberes, pero nos otorga derechos. Y uno de los primeros derechos es el de la igualdad del trato político. Es decir, que todo aquello que nosotros no podemos hacer, aquellas actitudes partidistas y parciales que nosotros no queremos tomar, aquella renunciación a muchas cosas en aras de la unidad, tampoco le puede ser lícito a nadie que se considere integrado dentro del Movimiento, y nadie podrá realizar ni hacer aquello que nosotros no hacemos por conciencia de

nuestra propia disciplina. Y claro está que también se nos debe exigir inflexiblemente, implacablemente, la responsabilidad por todos nuestros actos, pero por aquellos actos que realmente nosotros hayamos cometido y no por aquellos otros que en un ambiente de confusión y de una no clara determinación de funciones, de poderes y de responsabilidades pretenda atribuirlos a nosotros, amparando así con nuestras banderas mucha mercancía de contrabando. (Grandes aplausos.)

Hemos de tener, pues, una fe plena en que esa doctrina por la que vosotros lleváis trabajando y luchando hace tantos años, es la única capaz de cambiar y renovar totalmente la vida española. Y es la única también capaz de dar al Movimiento Nacional una dimensión universal, no sólo por lo que el Movimiento tenga en sí de valor intrínseco, sino por las posibilidades que en sí encierra de fecundidad de sus consecuencias, y así como el liberalismo que surgió de la Revolución francesa sirvió de común denominador a los partidos de derecha, de centro y de izquierda, así nosotros también aspiramos a que la doctrina de nuestro Movimiento sirva de punto de arranque a una nueva etapa de la historia de las ideas políticas que sirva también de rescate de muchos conceptos; esos conceptos de Patria, de Libertad, de Democracia, de Orden y de Justicia, no como conceptos vacíos, sino para darles contenido, con autenticidad de realidad, más acorde con las exigencias vitales, porque en ellos muchas veces la sustancia se ha evaporado y había quedado reducida a puras fórmulas y a pura retórica. Y es también necesario que el mundo conozca lo que realmente somos y representamos. Porque nuestro Régimen no es un Régimen estrecho ni confuso. Es un Régimen amplio y claro. No es un Régimen personalista. Está montado sobre unas instituciones, sobre esas instituciones que hacen posible la convivencia humana con arreglo a unas normas que muchos siglos de depuración social han

establecido como absolutamente necesarias para que esa convivencia exista. Y por eso a todos aquellos que le niegan al Régimen estas cualidades sería preciso preguntarles si realmente nos conocen, si han leído nuestros Códigos y nuestras leyes, si conocen cuáles son los recursos y garantías que conceden estas leyes y esos Códigos, individual y colectivamente, a los españoles; si conocen cuál es nuestro sistema político, si conocen el sistema de elección de los Ayuntamientos, las Diputaciones y las Cortes. Y claro está que todas estas instituciones son susceptibles de un perfeccionamiento, son susceptibles de que se les agregue lo que necesitan y se les corte lo que sobre. Y a esas instituciones, indudablemente, hemos de darles también aquellas orientaciones que se precisen, con el afán de que no podamos nunca calificar como taras de un sistema lo que son errores o taras de sistemas individuales.

Entre los ataques de la incompreensión o el odio, España cumple una vez más su destino de luchar y defender causas que no sólo le afectan a ella, sino a los demás; esto es, que son universales. Luchó por la unidad cristiana de Europa, luchó por civilizar un continente, y ahora lucha por salvar al mundo del comunismo y demostrar que a éste no se le derrota con los tópicos y métodos del liberalismo decimonónico, sino atendiendo al afán de justicia social que late en su trasfondo y que ha venido a avivar la conciencia de los hombres de buena voluntad de la tierra.

Más tarde o más temprano se reconocerá por todos nuestra razón y la injusticia que con España se comete, caso único en la Historia y bochornoso para los que en ella incurren. De nada tenemos que arrepentirnos y sí mucho de qué enorgullecernos, y pocas veces mejor que ahora podemos proclamar con más razón que el ser español es una de las cosas más serias que se pueden ser en la vida.

¡ARRIBA ESPAÑA!



TECNICA Y POLITICA

POR JORGE JORDANA FUENTES



UNA de las características típicas del Estado moderno es su creciente tecnicismo. Ya la separación que entre el fuero interno y el externo realizara el Estado liberal produjo el que se entendieran las escasas competencias que al Estado le restaban como algo por encima de las ideologías políticas y de las doctrinas religiosas y morales.

Este germen, ya sembrado en los regímenes que alumbraron las revoluciones de 1688 y de 1791, va a exagerarse aún más en nuestros días, al hacer crisis la tesis del abstencionismo liberal. El Estado se configura día a día como más fuertemente intervencionista, aspirando a superar de esta manera la dualidad entre sociedad y poder público. Ni las llamadas Democracias occidentales se escapan a esta ley, dando la razón a los países totalitarios: la razón que les quitaron con el empuje de sus armas. El Estado más absolutista, pongamos por ejemplo el de Luis XIV, sería un pálido reflejo del acusado intervencionismo de los países actualmente más liberales: los Estados Unidos o la Inglaterra laborista, verbi gracia.

El intervencionismo implica, claro es, una mayor complejidad en las actividades estatales. Apenas si hay aspecto de la vida individual, familiar o social que se escape ahora a la dirección, la intervención, la vigilancia o la coacción del Estado. Naturalmente, las infinitas y diversas variantes de acción que esto supone, obligan al poder público a formar sus escalafones de funcionarios, sus Cuerpos técnicos y sus organismos que pongan, al servicio de los fines públicos, la competencia técnica que la diversidad de materias requiere. Es decir, el Estado se hace, cada vez más, un instrumento técnico, un algo, evidentemente importante, pero, al fin y al cabo, accidental en el orden total de la vida. No creáis en la división de los regímenes en liberales y totalitarios, en comunistas y anticomunistas: en realidad no hay más que un régimen común a todos ellos, y es el de la tecnocracia en mayor o menor grado aplicada.

¿Qué extraño es que al mismo tiempo que este proceso se realiza, perdido en la infinita complejidad de problemas, acuciado por la imperativa imposición de las circunstancias y la necesidad de una realidad acuciante que ape-

nas si da tiempo para prever, para planear, para resolver con arreglo a un orden de principios generales todo lo que la vida va ofreciendo como campo a la ávida actividad del Estado; qué extraño es que el Estado sea, cada vez más, un Estado apolítico? Los regímenes actuales son, casi sin excepción, no regímenes políticos, sino Dictaduras. Por lo menos, hacia ella tienden a velocidad acelerada. Dictaduras, en el mejor sentido que a la palabra puede darse: concentración de poder, ya autoritaria, ya paternal, para elevar en lo posible el nivel de vida de una nación.

Este error es una de las causas que más intervinieron en la interinidad de los regímenes y en la frecuencia de los cambios y las revoluciones. Porque el Estado ha olvidado entretanto que el juego político, la vida política y la participación del pueblo en sus tareas, es algo que adquiere papel primordial, y sin el cual toda acción del poder se desvirtúa, pierde su justificación y acaba por hundir el régimen que la realizó. La Dictadura es, por fuerza, algo provisional, si bien en muchas ocasiones necesario.

La tarea política, entendiendo por tal el juego de las diversas fuerzas sociales en razón del poder y con arreglo a una doctrina, va a desplazar su centro de gravedad que, en lugar de recaer sobre el Estado, va a depositarse sobre la sociedad, si es que no desaparece dando lugar a una Dictadura pura.

Esto es lo que sucede en los regímenes de partidos políticos, que nacidos primero para encauzar la opinión pública, terminan formándola y aun deformándola, para concluir gobernando al

Estado desde fuera del mismo Estado. Este es para ellos el instrumento que constituye el objeto de botín hacia el cual dirigen sus minorías dirigentes y sus afiliados. Otras veces la acción política recae sobre el partido único, sobre instituciones profesionales, como los Sindicatos; sobre la familia, como en determinados regímenes patriarcales; otras veces, finalmente, sobre Corporaciones de diferente índole.

La originalidad de nuestro Movimiento pudiera estribar en gran parte en el engarce que a la Falange se le diera dentro de este binomio Política-Técnica. El Estado es, ya lo hemos dicho, el instrumento técnico. La Falange debe ser el instrumento político. Ni el primero debe determinar cuáles son las directrices fundamentales de la acción política, ni la segunda intervenir en lo que no es en realidad otra cosa que simple administración, que pura gestión.

Ni tampoco la Falange —esta sí que es importante, camaradas— puede conformarse con una exclusiva conquista del Estado. A mi entender, esto diferencia al auténtico revolucionario del que no lo es más que en apariencia, de quien no es más que un rebelde. La Falange a lo que en realidad aspira es a la transformación íntegra —empezando por la política— de la sociedad española, si bien para esa transformación necesite del instrumento del Estado, el más eficaz, pero no el único existente.

Meditemos esto, que puede tener su importancia para la estructuración futura de las relaciones del Movimiento con el Estado y para la necesaria institucionalización de la vida pública española.

FORME SU BIBLIOTECA HACIENDO PEQUEÑOS DESEMBOLSOS

LIBROS EDITADOS POR LA DELEGACION NACIONAL DE LA SECCION FEMENINA

DOCTRINALES

Obras Completas de José Antonio (1.000 páginas de texto, gran formato). Ptas. 25° ejemplar.

Obras Completas de José Antonio (1.000 páginas de texto). Ptas. 10 ejemplar.

Ofrenda a José Antonio, por Dionisio Ridruejo (edición de gran lujo, en papel especialmente fabricado). Pesetas 2 ejemplar.

Letra Y (Historia y presente), por Manuel Ballesteros-Gaibrois (68 páginas). Ptas. 2,25 ejemplar.

José Antonio. Antología. Traducción en inglés (300 páginas). Ptas. 17 ejemplar.

Teoría de la Falange, por Julián Pemartín (56 páginas de texto). Ptas. 4 ejemplar.

FORMACION RELIGIOSA

Curso de Religión, por Fray Justo Pérez de Urbel (320 páginas). Ptas. 16 ejemplar.

Guía Litúrgica 1948 (36 páginas de texto). Ptas. 1 ejemplar.

Liturgia de Navidad (36 páginas). Ptas. 1,50 ejemplar.

Misa Dialogada (38 páginas). Ptas. 1 ejemplar.

Misal festivo, por el Padre Germán Prado (beneditino). 500 páginas; encuadernado en tela con estampación en oro. Ptas. 20 ejemplar.

Nace Jesús (Liturgia de Navidad, villancicos, etc.). Edición en papel couché, impresa a dos colores; 32 páginas. Ptas. 3 ejemplar.

HOGAR

Ciencia Gastronómica, por José Sarrau, Director de la Academia Gastronómica (224 páginas, con más de 200 grabados). Ptas. 22,50 ejemplar.

Cocina (176 páginas, con un centenar de grabados). Pesetas 15,50 ejemplar.

Convivencia Social, por Carmen Werner (64 páginas). Pesetas 2,50 ejemplar.

Puericultura Pos Natal (48 páginas). Ptas. 5 ejemplar.

Economía Doméstica (178 páginas). Ptas. 12 ejemplar.

Formación Familiar y Social (262 páginas). Ptas. 17,50 ejemplar.

Higiene y Medicina Casera (84 páginas y cubierta a todo color). Ptas. 7 ejemplar.

Hojas de Labores (patrones y modelos en colores sobre las más primorosas labores). Varios modelos de Hoja. Cada uno, 3 pesetas.

Patrones Graduables Martí. (Seis modelos distintos, con patrones de lencería, vestidos, ropa de caballero, etc.). Pesetas 6 ejemplar.

CULTURA

Libro de Latín (Gramática inicial), por Antonio Tovar (94 páginas). Ptas. 6 ejemplar.

Lecciones de Historia de España (80 páginas de texto). Pesetas 3 ejemplar.

Enciclopedia Escolar (grado elemental), por los mejores autores españoles. Cerca de 900 páginas y más de 500 dibujos. Ptas. 18 ejemplar.

El Quijote, Breviario de Amor, por Víctor Espinós de la Real Academia de San Fernando (264 páginas). Ptas. 25.

MUSICA

Historia de la Música, por el Maestro Benedito (194 páginas, con diversos grabados y encuadernación en cartón). Ptas. 8 ejemplar.

Cancionero Español (Armonización), por B. García de la Parra. Tres cuadernos distintos (n.ºs. 1, 2, 3), en gran formato. Ptas. 15 cuaderno.

Mil canciones españolas. Edición monumental, con texto y música; 600 grandes páginas, impresas a dos colores; encuadernación en tela, con estampación en oro. Ptas. 100 ejemplar.

HIGIENE Y PUERICULTURA

Cartilla de la Madre, Cartilla de Higiene. Consejos de gran utilidad para la crianza del hijo. Ptas. 1,50 ejemplar.

INDUSTRIAS RURALES

Construcción de Colmenas (24 páginas con grabados). Pesetas 5 ejemplar.

Avicultura, por Ramón Ramos Fontecha (252 páginas con variadísimas ilustraciones). Ptas. 12 ejemplar.

Apicultura Movilista, por María Estremera de Cabezas (112 páginas, ilustraciones). Ptas. 9 ejemplar.

Industrias Sericícolas (24 páginas). Ptas. 4,50 ejemplar.

Corte y Confecciones Peleteras, por Emilio Ayala Martín (90 páginas de texto, profusamente ilustradas). Pesetas 7 ejemplar.

Curtido y Tinte de Pieles, por Emilio Ayala Martín (120 páginas y sus grabados correspondientes). Pesetas 8 ejemplar.

Flores y Jardines. Cómo cuidar y enriquecer las plantas, por Gabriel Bornás (86 páginas e infinidad de grabados). Ptas. 6 ejemplar.

REVISTAS

Bazar, publicación mensual dirigida a las niñas. Formato 22 x 31. Impresa litográficamente en diversos colores. Colaboración artística y literaria por los mejores ilustradores y escritores españoles, de Pico, Serny, Tauler, Suárez del Arbol, etc. (24 páginas de texto). Ptas. 3,75 ejemplar.

CONSIGNA. Revista pedagógica mensual, con la colaboración de las firmas más destacadas en la Cátedra y la Literatura. Tamaño 20 x 27. Más de 120 páginas de texto y encartes a varios colores. Ptas. 2,50 ejemplar.

TARJETAS POSTALES

Danzas populares españolas. Album de 12 tarjetas, 15 pesetas. Tarjetas sueltas, 1,25 pesetas.

Castillo de la Mota. (*Escuela Mayor de Mandos «José Antonio»*): Medina del Campo. Album de 12 tarjetas, 12 pesetas.

Albergues de Juventudes. Cada tarjeta, 1 peseta.

Cualquier libro que pueda interesarle, solicítelo contra reembolso a

DELEGACION NACIONAL DE LA SECCION FEMENINA

(PRENSA Y PROPAGANDA)

ALMAGRO, 36 - MADRID

Lo recibirá a vuelta de correo y libre de gastos de envío.